Aproximación hipertextual a un hecho histórico: las cruzadas

Análisis de caso II

Joan Campàs Montaner

PID_00200010

UOC
Universitat Oberta de Catalunya

Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundación para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es

Índice

Introducción 5

1. De la peregrinación a la cruzada 7
1.1. El excedente demográfico 8
1.2. La revolución feudal: los caballeros 8
1.3. La reforma gregoriana: los clérigos 10
1.4. Los movimientos milenaristas 11
1.5. Las ciudades comerciales del Mediterráneo 14
1.6. Moral de los sacerdotes, moral de los guerreros 14

2. Las principales expediciones 18
2.1. La primera cruzada 18
2.2. La segunda y tercera cruzada 19
2.3. La cuarta cruzada 20

3. Consecuencias y valoración crítica 22

4. Cruzada, política matrimonial y moral caballeresca 25
4.1. La predicación de la cruzada 25
4.2. Conquista y colonización 25
4.3. De la recesión a la expansión demográfica 26
4.4. Crecimiento económico y expansión urbana 27
4.5. Emigración de los pobres o revuelta popular 29
4.6. La visión desde Bizancio 30
4.7. Una primera forma de acumulación de capital 31
4.8. La guerra santa cristiana 32
4.9. El enfrentamiento papa-emperador 34
4.10. Cultura y sociedad caballeresca 35
4.11. La concordancia entre la moral sacerdotal y la caballeresca 38
4.12. La teología del matrimonio 39

Bibliografía 45

Introducción

El 27 de noviembre de 1095, el último día del Concilio de Clermont (hoy Clermont-Ferrand), el papa Urbano II instó a la multitud congregada a peregrinar a Jerusalén. La respuesta colectiva que desencadenó hizo posible, en pocos años, la conquista de Tierra Santa por los occidentales y su intervención en la vida del Levante mediterráneo, espacio que compartían hasta entonces bizantinos y musulmanes.

Quizá no existe en la historia medieval un episodio tan insólito como las expediciones que del 1095 a 1270 llevaron a grandes contingentes europeos al corazón del mundo musulmán. Y al mismo tiempo, es difícil encontrar un acontecimiento más controvertido que este. Rops nos recuerda las "páginas de santidad y de heroísmo que los cruzados escribieron con su sangre". Le Goff, en cambio, no ve "otra cosa como fruto positivo de las cruzadas que el albaricoque traído de Palestina, por los cruzados".

¿Cómo se insertan las cruzadas en la historia de las relaciones entre Oriente y Occidente? ¿Qué circunstancias confluyeron en la Europa medieval que la hicieron desembocar en la conquista de Jerusalén? ¿Serían las cruzadas una respuesta de la cristiandad para la liberación de los lugares evangélicos? ¿Qué actitudes, qué componentes de las mentalidades colectivas las inspiraron?

Responder a estas cuestiones es, en el fondo, estudiar los mecanismos que consolidaron el sistema feudal (aumento demográfico y económico, apropiación violenta del excedente por parte de la nobleza, compleja jerarquización social a partir de las relaciones feudo-vasalláticas, etc.) y que otorgaron a la Iglesia una clara función hegemónica en todos los ámbitos. Vamos a sistematizar estas cuestiones.

Crac de los caballeros, Siria

1. De la peregrinación a la cruzada

Hay que insertar la cruzada en la larga tradición del peregrinaje. Hacia el año 1000 se extendió por Europa un deseo de ir hacia nuevas tierras y de tener nuevas experiencias. Aun así, solo los ricos podían satisfacer esta exigencia de movimiento. Para los pobres –la inmensa mayoría– la única salida era la de pertenecer a alguna formación militar al servicio de un señor.

Una posibilidad de rehuir la miseria la ofrecían las peregrinaciones, es decir, la visita a un lugar lejano dedicado a una devoción particular:

- Jerusalén, con su tumba vacía y los lugares donde vivió Cristo.

- Roma, con la sepultura de Pedro, Pablo, y de los primeros mártires.

- Santiago, donde se inventó la tumba del apóstol, en el siglo XI, porque la cristiandad, humillada y amenazada por el islam, necesitaba motivos de esperanza (unos monjes asturianos, encabezados por el Beato de Liébana crearon la leyenda).

La peregrinación se convirtió, así, en una manifestación colectiva, en la que la gente parecía olvidar su condición de marginados sociales: el peregrino suscitaba respeto y solidaridad, y viajaba bajo la protección de la *Pax Dei* que le garantizaba la Iglesia.

El papado la organizaba mediante la concesión de indulgencias (remisiones otorgadas por la Iglesia de las penas temporales debidas a los pecados) o a través de jubileos: se concedieron gracias especiales en unas fechas consideradas significativas.

La peregrinación no era solo una manifestación de carácter religioso: mercaderes, ladrones, juglares y prostitutas se mezclaban. Pronto, el camino de peregrinación se convirtió en una ruta comercial, lo que supuso la fundación de ciudades y el enriquecimiento de las que ya se encontraban ahí, así como la modificación del paisaje rural con la aparición de establecimientos agrícolas de colonización para responder a la demanda generada por los peregrinos. Se procuró hacer coincidir la fiesta del santo que tenía un santuario dedicado con el mercado de la ciudad correspondiente. Así nacieron las primeras ferias, de la palabra *feria*, es decir, fiesta sagrada.

En todos los lugares fronterizos, las peregrinaciones tomaron pronto un carácter militar, y se acordaba a los combatientes las indulgencias que correspondían a los simples romeros. Así, se empezaron a confundir las ideas de peregrinación y de lucha armada contra los infieles. En este contexto, cuando los

turcos selyúcidas, en el 1078, conquistaron Siria y se apoderaron de Jerusalén, se difundieron muchos rumores sobre su crueldad y las dificultades que ponían al peregrinaje cristiano (todos, evidentemente, falsos). El pueblo franco (como eran llamados entonces los europeos) corrió a empuñar las armas para liberar Tierra Santa. Estas expediciones fueron llamadas cruzadas, debido a la cruz pintada en los estandartes y la de tela cosida al pecho del caballero (primer paso hacia los modernos uniformes militares), símbolos del voto de obediencia a la Iglesia a cambio de la protección eclesiástica sobre su persona y sus bienes mientras duraba la expedición.

1.1. El excedente demográfico

La consolidación del sistema feudal y el aumento demográfico habían creado una notable disponibilidad de población, que esperaba resolver sus problemas con la adhesión a la cruzada.

El efecto de la predicación se tiene que enmarcar entre la ideología de guerra santa (a raíz de la "Reconquista" española) y las angustias y dificultades materiales: las regiones más afectadas por el crecimiento demográfico, grandes hambres y la epidemia (Renania, Lotaringia, Flandes, Isla de Francia, Languedoc, Provenza e Italia meridional) proporcionaron el grueso de las tropas de la primera cruzada. Podemos recordar también el periodo de carestía del 1090 al 1095, que incluso obligó al concilio de Clermont a proteger con una paz diaria, durante tres años, a campesinos y mercaderes.

1.2. La revolución feudal: los caballeros

La implantación del sistema feudal, basado en la violencia contra los campesinos, había hecho aparecer la figura del caballero.

En un principio, la palabra latina *miles* significaba, sencillamente, 'soldado profesional'; pero, durante los siglos XI y XII, la palabra experimenta cambios en el significado. Primero indica exclusivamente al guerrero montado a caballo. También se utiliza para distinguir un grupo de los otros estamentos de la sociedad, por su función guerrera. Un tercer uso es el de la palabra que indica la posición social de un individuo. La extensión en el uso de esta palabra como un título implicaba que la caballería menor (a menudo adscrita a los vasallos) y la gran nobleza (los señores feudales de los vasallos) se unían y se cohesionaban socialmente. Al adoptar los nobles más importantes el mismo título que los de la condición inferior, la distinción entre ambas noblezas quedó confusa.

Los *milites* eran, pues, guerreros privados: formaban las tropas vasallas de combatientes a caballo que los castellanos reunían a su alrededor y a quienes encomendaban la custodia de sus castillos. Su misión era defender los intereses de quienes dependían y garantizar la percepción de los beneficios. Por tanto, fue desde su origen un instrumento de coerción o de opresión social.

¿Cómo nació el modo de vida caballeresco y cómo se establecieron sus normas de conducta?

Tenemos que partir de los cambios en las tácticas de caballería que se produjeron en el siglo XI. La introducción del estribo (de origen oriental) incrementó la importancia de la caballería, dado que proporcionaba una mayor estabilidad y un mejor dominio del animal. Surgió, entonces, la táctica de cargar contra el enemigo con la lanza en posición horizontal. Caballo, jinete y lanza se convirtieron en un proyectil humano. En esto consistía la famosa carga de la caballería franca. Para la carga de choque con las lanzas en posición horizontal hacía falta una lanza más pesada, y dado que se podía empuñar algo más atrás del punto de balanceo, permitía el uso de una lanza más larga.

La nueva táctica no era una simple evolución en el arte militar. Como exigía más destreza y entrenamiento, tuvo consecuencias sociales. No es casual que a finales del siglo XI y principios del XII empecemos a oír hablar de torneos. Sabemos que el torneo era un perfecto campo de entrenamiento de las nuevas técnicas, y también centro de importantes reuniones sociales y cortesanas. El torneo comportaba un riesgo físico, pero sobre todo económico: el vencido podía convertirse en prisionero, perder su caballo y tener que pagar un rescate. Además, este sistema de lucha suponía un equipo de un precio muy elevado. Ser un guerrero a caballo implicaba o poseer grandes recursos, o un poderoso protector. Se iba así tejiendo una red de relaciones aristocráticas, fundamentales para el aspirante a caballero. Las nuevas tácticas y las mejoras tecnológicas, las habilidades y el entrenamiento en común en casa de un señor fortalecían el aristocrático prejuicio del reclutamiento en la caballería y acentuaron entre sus filas la conciencia de un vínculo común, denominado caballería.

Como dice M. Keen:

> "lo que en realidad impulsó la unión de los dos polos de la sociedad aristocrática en la Francia del siglo XI fue su mutua necesidad. Los grandes señores territoriales [...] necesitaban el servicio de los caballeros de pocos recursos para las interminables guerras que mantenían unos contra otros [...]. También necesitaban su ayuda en los esfuerzos por controlar a los poderosos castellanos en sus propios territorios [...]; y una cosa todavía más importante: constituían el único grupo «oficial» al que se podía confiar importantes responsabilidades en la guarnición de los castillos y en el mantenimiento de los asedios. [...] Porque a cambio de esto, los más grandes señores tenían mucho que ofrecer a la caballería: recompensas, o bien en forma de armas, dinero o tierras, o bien orientándolos hacia un buen matrimonio, o asegurándoles la fruición de sus propiedades, y, sobre todo, protegiendo sus privilegios y riquezas contra la competencia de los ricos ciudadanos y de los prósperos campesinos".
>
> M. Keen (pág. 47-48)

La Iglesia, en un primer momento, fue hostil con la caballería porque muchos dominios eclesiásticos tuvieron que sufrir las exacciones banales, pero, al no poder frenar la violencia y ante la posibilidad de una sublevación labradora, estableció un compromiso:

- Se intentaron frenar los excesos de las guerras privadas con el movimiento de la Paz y Tregua de Dios (se prohibía la guerra de jueves tarde a la mañana del lunes, así como atentar contra los bienes de la Iglesia).

- Por otro lado, según el régimen de sucesión vía linaje, los segundogénitos de las familias nobles buscaron en las cruzadas el feudo que en la patria correspondía al heredero; y el siervo esperaba conseguir la libertad y una vida mejor.

1.3. La reforma gregoriana: los clérigos

Durante la Edad Media, la Iglesia había caído bajo la dependencia de monarcas y nobles. En el siglo XI algunos papas lucharon para restablecer la autonomía de la Iglesia, lo que acentuó más el prestigio y las dignidades especiales del clero como minoría espiritual, claramente escindida del laicado y superior a este.

La Iglesia encontró en la cruzada el medio de consolidar su poder universal, en contraposición al particularismo de los estados: unía a toda la cristiandad contra los infieles y con esto reafirmaba su misión universal también frente al imperio. La expedición a Jerusalén ocupa, pues, un lugar en el contexto de la reforma gregoriana (movimiento de reforma de la Iglesia Católica, durante los siglos XI y XII, frente a la decadencia moral e institucional originada en el siglo X por la desaparición de la orden establecida por los carolingios). Arraigada a la idea cluniacense de libertad de la Iglesia frente al poder político, la reforma fue iniciada por León X (1048) y coronada por Gregorio VII, de quien recibe el nombre, el cual expuso, en el *Dictatus Papae* de 1075, su plan reformador. Topó enseguida con el emperador Enrique IV (como lo patentiza la carta del 27 de marzo del 1076) y buena parte del clero germánico, con lo cual se inició la lucha de las investiduras.

Hay que situar el concilio de Clermont (al que asistieron 12 arzobispos, 80 obispos y 90 abades, franceses en su mayoría) en el marco de la llamada querella de las investiduras y en un momento de predominio pontificio, después de la derrota de Enrique IV en el 1092 en Canossa. La victoria del papa sobre los partidarios del emperador se plasmó en la convocatoria de dos concilios de carácter reformador, el de Piacenza y el de Clermont. Este tenía como finalidad la reforma del clero francés y los cánones alcanzan varias cuestiones, como:

- La Tregua y Paz de Dios.

- La supresión de la simonía (compra-venta de oficios eclesiásticos).

- El enfrentamiento del celibato eclesiástico (muchos sacerdotes vivían en matrimonio o concubinato).

Los propagandistas de la reforma excitaron los ánimos de los laicos en contra del clero refractario: se prohibía a los sacerdotes casados celebrar misa, se empezaba a sospechar que los sacramentos administrados por sacerdotes indignos no eran válidos, etc. Pero, a finales del siglo XI, el movimiento de reforma escapó al control eclesiástico para volverse contra la propia Iglesia. Se consideró prueba de la autenticidad del sacerdote no el hecho de su ordenación, sino su fidelidad a la forma de vida apostólica. El éxito de los predicadores ambulantes estaba, así, asegurado.

Para los papas y el alto clero se trataba, pues, de afianzar su autoridad e influencia. En su lucha contra el emperador Enrique IV, Gregorio VII y después Urbano II buscaron el apoyo de los emperadores bizantinos, interesados en moderar a los normandos y en contener a los pechenegos, al norte, y a los turcos selyúcidas –amos de Bagdad y protectores del califa–, en Anatolia. Aun así, la iniciativa de organizar una expedición a Tierra Santa no correspondía a los intereses del emperador Alejo Comneno, y desde la primera cruzada existieron dificultades entre griegos y latinos. Seguramente, el papa soñaba con las ventajas que podría sacar en su lucha contra el imperio:

- Se presentaba como guía de la cristiandad.
- Dirigía a los caballeros a un ideal noble: sacralizaba la guerra.

Por ende, el emperador y los reyes vieron en las cruzadas el medio de fundamentar su condición de dirigentes seculares de la cristiandad, de legitimar su poder, y una fuente de ingresos nada despreciable.

1.4. Los movimientos milenaristas

Pero las cruzadas fueron también un hecho de civilización y un producto de las mentalidades colectivas. Recogen la vena de nomadismo y desarraigo propios de las precedentes épocas de invasiones y plasman el ideal del hombre que deambula por la vida –*homo viator*. No solo fueron, pues, un asunto del alto clero y de la aristocracia guerrera: masas de personas se pusieron también en movimiento en busca de penitencia y regeneración. Todas las expediciones militares fueron acompañadas de cruzadas de gente pobre que nunca habían sido previstas.

Por ello hemos de poner en estrecha relación la idea de cruzada con los movimientos milenaristas, mesiánicos y heréticos que se desarrollaron durante los siglos XI y XII.

La nueva sociedad feudal contribuyó a hacer de la religión un instrumento de orientación y de control de las masas populares, así como una justificación ideológica a los privilegios de la minoría en el poder. El estado de sujeción y de sufrimiento era exaltado de cara a una existencia feliz después de la muerte.

Pero para tener derecho a esta, se requería la resignación, la creencia de que esta vida era un valle de lágrimas, la idea de que el orden social era querido por Dios, la aceptación de toda una serie de deberes y obligaciones.

Pronto surgió el rechazo y la condena total de esta estructura feudal. La crítica se consideró casi siempre herejía: un ataque a la doctrina justificadora del orden social. Una de las manifestaciones más originales del rechazo de las instituciones políticas y sociales reside en la idea del fin del mundo, la cual se unió a la ideología milenaria, que no tiene nada que ver con la creencia de que el mundo se acabaría en el año mil (no existió ningún estado de miedo colectivo en cuanto al fin del mundo durante el año mil: esto es un invento de la literatura romántica). Lo que sí existía era la convicción de que la catástrofe cósmica final daría paso a un periodo de vida feliz en una tierra renovada, con una duración de mil años entre las dos resurrecciones. Se creía, como algunos seguidores modernos del milenarismo (pietistas, adventistas, mormones, testigos de Jehová) que Jesucristo, acompañado de sus santos, reinaría sobre la tierra durante mil años, antes del día del Juicio Final.

El milenarismo, pues, en su significado original, se refería a la creencia de algunos cristianos, basada en la autoridad del libro del Apocalipsis, que dice:

> "Vi unos sitiales donde se sentaron, y les fue confiado el poder de juzgar. Vi, también, las almas de quienes habían sido decapitados debido al testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, junto con quienes no habían adorado a la bestia ni su imagen, ni habían aceptado el cuño sobre la frente o sobre la mano; todos volvieron a vivir y reinaron con Cristo durante mil años. Los otros muertos no revivieron hasta que se hubieron cumplido los mil años. Esta es la primera resurrección. ¡Feliz y santo aquel que participa en la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante mil años".
>
> *Apocalipsis* (20, 4-6)

Cristo, pues, después de su llegada, establecerá un reino mesiánico sobre la tierra y reinará en ella durante mil años antes del Juicio Final. Los ciudadanos de este reino serán los mártires cristianos, que resucitarán mil años antes de la resurrección de los otros muertos. Ya los primeros cristianos lo interpretaban equiparándose ellos mismos a los mártires y esperando la segunda llegada durante su vida.

Según N. Cohn, a quien seguimos en este tema, los movimientos milenaristas conciben la salvación como un hecho:

- colectivo (lo gozarán los fieles como colectividad),
- terrenal (se realizará en la tierra y no fuera de este mundo),
- inminente (llegará pronto y repentinamente),
- total (transformará completamente la vida de la tierra, y logrará la perfección) y
- milagroso (con la ayuda de intervenciones sobrenaturales).

Las profecías milenaristas fueron mecanismos a través de los cuales algunos grupos se consolidaban, fortalecían y reafirmaban ante la realidad de la opresión (los judíos, por ejemplo, convencidos de ser el pueblo elegido y de que su Dios era el único verdadero, reaccionaron contra la opresión de los diferentes imperios que los sometieron inventando fantasías que anunciaban el triunfo total y la prosperidad ilimitada de Jehová: la nueva Palestina será la recuperación del Paraíso. Pero, por haber abandonado a Jehová, el pueblo elegido será castigado –hambre, peste, guerra, cautividad, etc.– hasta la absoluta purificación del pasado culpable). Los descontentos y frustrados de épocas posteriores fueron fascinados por la apocalíptica judía.

Las profecías milenaristas cobraban un nuevo sentido revolucionario en aquellas regiones amenazadas por la superpoblación y saqueadas por un rápido proceso de cambio social y económico. La pobreza, la explotación y una dependencia opresiva del señor podían hacer surgir un milenarismo revolucionario:

> "jornaleros y trabajadores no especializados, labradores sin tierra o con poca tierra para alimentarlos, mendigos y vagabundos, parados y gente amenazada por la desocupación, todos los que no podían encontrar una situación estable y segura, viviendo en un estado de ansiedad y frustración crónicas, formaban los elementos más agresivos e inestables de la sociedad medieval. [...] Una de las maneras como intentaron salir de su situación fue la formación de un grupo salvacionista bajo el mando de un guía mesiánico".
>
> N. Cohn (pág. 59)

Estos líderes (un laico o un fraile apóstata) consideraban las profecías milenaristas un mito social que se adaptaba a sus necesidades. El mesianismo de los pobres encontró, en la convocatoria de las dos primeras cruzadas, el contexto adecuado para arraigar con fuerza.

Los pobres se consideraban los autores de la consumación hacia la que se encaminaban todas las cosas desde el principio de los tiempos. Se convencieron cada vez más de que ellos y solo ellos eran los verdaderos instrumentos de la voluntad divina. A sus ojos, el castigo de musulmanes y judíos tenía que ser el primer acto de la batalla final que culminaría en la destrucción del príncipe del mal, del Anticristo. La imaginación popular transformó a los infieles en demonios (se debe abandonar la interpretación que explica el odio a los judíos a partir de su función de prestamistas: la concepción del judío demoníaco existía ya antes de la realidad del judío prestamista). Pronto, también los pobres tuvieron conflictos con el clero: las matanzas de curas se basaron en la creencia de que las víctimas eran agentes del Anticristo (recordemos que el emperador, al dar a la Iglesia la riqueza de los templos paganos, la había convertido en el mayor latifundista del mundo, y a esto hay que añadir el lujo de los monasterios y la magnificencia de los palacios episcopales).

El mito no facilitó a las masas la solución de sus problemas, pero sirvió para neutralizar sus ansiedades, haciéndoles creerse inmensamente importantes y poderosos. Así, las multitudes interpretaban con energía una fantasía común que les ofrecía una fuga emocional tan intensa que solo podían vivir gracias a ella, estando totalmente dispuestos a matar y morir por ella.

Esto permite explicar el masivo peregrinaje hacia Jerusalén en el 1033 y el éxito de la predicación de Pedro el Ermitaño en el 1096. Fue también la causa de las cruzadas de los pobres del 1096, 1146, 1204, 1212 y 1320, cuyo final fue siempre lamentable.

1.5. Las ciudades comerciales del Mediterráneo

Los motivos comerciales tuvieron muy poco papel en el desencadenamiento de las cruzadas. Las principales ciudades mercantiles italianas entraron a regañadientes en el movimiento. Las conquistas no fueron previas a la actividad mercantil: esta ya existía.

Lo que se produjo a partir del siglo XIII es que el ideal de cruzada solo servía, en muchos casos, para encubrir empresas de naturaleza fundamentalmente mercantil. En 1204, la cuarta cruzada, financiada por la burguesía veneciana, fue básicamente la expresión de un imperialismo económico: se recuperó la colonia veneciana disidente Zara y se conquistó Constantinopla. De Jerusalén ya no se acordaban.

Hasta ahora, existía la idea de que las cruzadas fueron uno de los factores esenciales del auge económico, y aun cultural, de Occidente en los siglos XII y XIII, pero parece evidente que si las cruzadas pudieron acelerar en algunos casos el crecimiento de Europa occidental, de ninguna manera lo suscitaron: el arranque económico de Occidente es muy anterior al 1095.

Por eso vemos en las cruzadas no tanto la causa como una de las primeras y más espectaculares consecuencias del auge de la cristiandad occidental. Los progresos demográficos, económicos, técnicos y militares permitieron a Occidente pasar a la ofensiva contra el mundo oriental.

1.6. Moral de los sacerdotes, moral de los guerreros

En el mismo concilio de Clermont, además de predicar la cruzada y proseguir la reforma del cuerpo eclesiástico (sobre todo contra la simonía y el nicolaísmo), el papa Urbano II excomulgó a Felipe I, rey de Francia.

¿Existe algún paralelismo o relación entre estas tres acciones?, ¿responden a criterios comunes o en busca de unos mismos objetivos? De entrada, podemos afirmar que se inscriben dentro del conflicto entre la concepción de la Iglesia tradicional (los obispos sometidos al monarca) y la concepción reformista (el

monarca sometido a los obispos y estos al papa). Vamos a estudiar, pues, esta lucha por la hegemonía política analizando el aspecto más olvidado del concilio de Clermont.

¿Por qué el rey de Francia fue castigado de este modo? Las actas del concilio se han perdido, pero los historiadores de la época nos recuerdan el motivo: su comportamiento matrimonial.

> "Estando viva su mujer, había tomado una segunda, la mujer de un hombre que estaba vivo".

> "Despidió a su propia mujer y se unió en matrimonio a la mujer de su vasallo".

Ives de Chartres, obispo del norte de Francia, nos recuerda, quince años después, que al rey Felipe I se le acusaba:

> "de haber tomado a la mujer del conde de Anjou, que era su prima, y de retenerla indebidamente. El rey fue excomulgado en el concilio de Clermont por esta acusación y por la prueba de un incesto".

El escándalo, pues, no era la bigamia ni el adulterio: era unirse a una parienta, a la mujer de un primo. Describimos brevemente los hechos, siguiendo a Georges Duby, de quien resumimos este apartado.

A los 20 años, Felipe se había casado con Berta de Frisia. Era hija de la mujer de su primo hermano, el conde de Flandes. Se trataba de un matrimonio pactado que sellaba una reconciliación entre el rey y su vasallo. Al cabo de nueve años tuvo un hijo, el futuro Luis VI. Pero, en el 1092, Berta fue repudiada: la encerraron en el castillo de Montreuil-sur-Mer, que pertenecía a su dote (es lo que daba el marido a la mujer con motivo del compromiso matrimonial y que también servía para deshacerse de la mujer, dejándole su dote de viudedad, pero encerrándola en ella). Y Felipe se unió a Bertrada de Monforte, casada con el conde de Anjou.

Toda esta historia no hubiera supuesto ningún problema si no hubiera coincidido con la reforma eclesiástica. ¿Qué hay, pues, detrás del acto de excomulgar al rey de Francia?

Por un lado, una estrategia política. El papa, que preparaba una gira pontificia en la Galia sur –a la que domina–, quiere someter a la Galia norte, controlada por el rey, ¿cómo hacerlo? Sigamos los pasos:

- El conde de Anjou recibió el principado de manos del papa (su hermano mayor fue desheredado por un legado pontificio porque había atentado contra el derecho de las iglesias angevinas). ¿Cómo se explica que un mandatario de la Iglesia pudiera disponer de un condado de Francia? Porque se aprovecharon de que el rey solo tenía quince años y, además, el conde le compró el asentimiento a cambio del Gâtinais (una comarca norteña).

- Pero el conde de Anjou también había sido excomulgado porque hizo encarcelar a su hermano hasta que enloqueció.

- La Iglesia, pues, podía servirse del conde para ir en contra del rey. ¿Cómo? El legado pontificio confirmó que el hermano estaba loco, levantó la excomunión del conde y le confirmó la posesión del condado, exigiéndole sin embargo, que no se volviera a casar. ¿Por qué? Porque de este modo Bertrada seguiría siendo su legítima esposa.

- En el concilio de Clermont se demuestra el parentesco del conde con el rey. Así, se puede acusar al rey de incesto, por haberse unido a la mujer del conde. Si el rey es indigno e impío, el conde puede romper el vínculo de vasallaje y ponerse bajo la dependencia feudal de la Iglesia.

La táctica que sigue la Curia es clara: levantar la excomunión al primer marido de Bertrada para tirarla sobre el segundo. Todo ello refleja el aspecto clave de la época: la lucha del poder espiritual para dominar el poder temporal.

Por otra parte, hay una estrategia moral. No hay que ver este hecho como una simple intriga amorosa. Ni Felipe I es un hombre "lujurioso", "corrompido por el adulterio" al que solo le gustaba revolcarse por la cama, ni Bertrada es una esposa infiel, corrupta, ambiciosa, que lo sedujo, como nos quieren hacer creer los comentaristas de la época (Suger, Guillermo de Malmesbury, Orderico Vital). Felipe I no se comportaba como un mujeriego: casándose con Bertrada aplicaba los preceptos de una moral, la moral del linaje. Sintiéndose responsable de un patrimonio, lo tenía que transmitir a su hijo legítimo, y en el 1092 solo tenía un hijo de once años, delicado de salud, y ya no podía esperar más hijos de Berta. Además, la podía dejar porque el hombre que se la había dado –el conde de Flandes– se moría. Y la elección de Bertrada era buena: en una época de debilidad de los Capetos interesaba aminorar las formaciones políticas invasoras que se reforzaban alrededor de los castillos del Ille-de-France, y Monforte era una gran fortaleza, cercana de Normandía, en el flanco más amenazado, defendida por Amaury, hermano de Bertrada, la cual había demostrado su fertilidad (ya tenía hijos). La boda con Bertrada legitimaría los hijos que pudieran tener ella y Felipe. ¿De qué era, pues, culpable, el rey Felipe?

Esta historia demuestra que dos concepciones del matrimonio se oponían violentamente en la cristiandad latina alrededor del 1100: la de los caballeros y la del clero. La Iglesia, sacralizando la guerra a través de las cruzadas y normalizando el matrimonio de reyes y guerreros, lograba los objetivos de su lucha: afianzarse como poder hegemónico en toda la cristiandad. Duby nos lo resume así:

"Durante un siglo, el XI, el del endurecimiento, la forma de producción señorial se impuso, difícilmente, a los disturbios en la lucha enconada por el poder. Conservarlo, extenderlo, imponía concentración. El grupo de los guerreros se cristalizó en linajes, aferrados a la tierra, al derecho de mandar, de castigar, de explotar al pueblo labrador. Para resistir las agresiones del temporal, la Iglesia se centró en el rigor de sus principios. El matrimonio es un instrumento de control, y los dirigentes de la Iglesia lo utilizaron para enfrentarse a los laicos, con la esperanza de subyugarlos. Los dirigentes de los linajes lo utilizaron de otro modo para mantener intacto su poder. El momento en el que el combate, en el que se ventilaban las prácticas matrimoniales, fue más impetuoso fue también aquel en el que se descubren los primeros efectos del crecimiento rural: las ciudades salían de su sopor, los caminos se animaban, la moneda se difundía, así se favoreció la reunión de estados. Todo empezaba a adquirir movilidad. Todo se flexibilizó en el desarrollo prodigioso del siglo XII. Seguro y adecuadamente repartido su poder, la clase dominante se distendió. Mientras que se precipitaba la evolución del cristianismo hacia lo que llegó a ser [...] para Francisco de Asís, los sacerdotes y los guerreros, reunidos bajo la autoridad del príncipe, acabaron de ponerse de acuerdo sobre lo que debía ser el matrimonio para que no fuera perturbado el orden establecido. La sociedad y el cristianismo se habían transformado juntos. Uno de los modelos no fue vencido por el otro: se combinaron".

G. Duby (pág. 241-242)

2. Las principales expediciones

2.1. La primera cruzada

Incluye básicamente dos expediciones:

- Una cruzada popular compuesta por labradores y pobres sin organización militar, sobre todo por alemanes, dirigidos por Gualtieri, y franceses, por Pedro el Ermitaño.

- Una cruzada oficial formada por:
  - La cruzada lotaringia, dirigida por Godofredo de Bouillon.
  - La italiana, por Bohemundo y Tancredo (básicamente son normandos).
  - La lenguadociana, por Raimundo de Tolosa.
  - La francesa, por Roberto Courteheuse y Esteve de Blois.

La peregrinación predicada por Urbano II comprendía también el proyecto de conquistar Jerusalén. El papa designó un legado para que la dirigiera en su nombre, en la persona del obispo de Puy. Pero, mientras se organizaba la "cruzada de los señores" surgió la "cruzada popular".

Esta era una multitud de hombres, mujeres y criaturas (un total de 30.000, quizá) que por primera vez sentía la pobreza como un privilegio porque solo los pobres podían cumplir las "obras santas". Los pobres podían ir aun sin organizarse: peor de cómo estaban no podían estar... Es un hecho que nos interesa porque manifiesta los resortes y factores más profundos de la mentalidad religiosa colectiva. Fueron numerosos los actos de saqueo y violencia que se llevaron a cabo. Esto provocó la reacción de los búlgaros y de los húngaros, que causaron la masacre de estos primeros cruzados: los pocos supervivientes fueron, finalmente, destruidos por los turcos. De los pocos que sobrevivieron, se cree que formaron un grupo de vagabundos ("tahures") que –mitad leyenda, mitad historia– devastaba toda región por la que transitaba. Descalzos, greñudos, vestidos con harapos de arpillera, cubiertos de mugre y llagas, comían raíces, hierbas y los cuerpos asados de sus enemigos. Sus armas eran porras cargadas con plomo, palos, cuchillos, hachas y hondas. Los musulmanes los denominaban demonios vivientes. Otros escritos los tratan de santos y "más dignos que los caballeros". Creían que, por su pobreza, estaban destinados a conquistar Jerusalén. Sin embargo, capturaban como botín todo lo que podían, violaban a las mujeres musulmanas y hacían matanzas indiscriminadas. Tenían un rey; se dice que era un caballero que se había desprendido del caballo, armas y armadura, a cambio de arpilleras. Inspeccionaba a sus hombres y expulsaba a quienes tenían dinero. El rey pobre era el símbolo de la esperanza

que había conducido a los pobres –a través de innumerables sufrimientos– a la Ciudad Santa. Pero la realización de esta esperanza exigía un gran sacrificio humano: la autoinmolación de los devotos y la matanza de los cruzados (el exterminio de la raza de Caín).

Los excesos de la cruzada popular volvieron más cauta la organización de la primera cruzada. Se llegó a Constantinopla a finales del 1096 y principios del 1097. El emperador bizantino, Alejo I, consiguió un juramento de fidelidad de los líderes de los cruzados y la promesa de que el imperio recuperaría los territorios que antes fueron suyos. A cambio, los bizantinos organizaron el paso a Asia Menor, proveyeron y guiaron a los cruzados. Estos tomaron Nicea (junio, 1097) y aseguraron el borde asiático del Bósforo después de la victoria de Dorilea (1 de julio del 1097). La cifra de 60 a 100.000 participantes parece exagerada. El paso siguiente fue el asedio de Antioquía (que cayó en junio del 1098) y el dominio de Edesa. Los cruzados tuvieron la colaboración de la población armenia cristiana y se aprovecharon de la tradición independentista del antiguo principado de Filareto en Cilicia. Jerusalén fue tomada el 15 de julio del 1099 por un asalto al que siguió una matanza feroz. Aun así, no fue posible reunir los territorios conquistados en un solo estado: se constituyeron los reinos de Trípoli, Edesa, Jerusalén y Antioquía, que se organizaron en un rígido sistema feudal con objeto de constituir una poderosa defensa contra los turcos; también para defenderse se crearon las órdenes religiosas de carácter militar del Hospital y del Temple.

2.2. La segunda y tercera cruzada

Latabeg de Mosul, Imadeddin Zenquis y su hijo Nur al-din consiguieron la unificación de Siria, que culminó con la conquista de Damasco en 1154. Edesa cayó a manos de los turcos el 25 de julio de 1144.

Luis VII de Francia convenció al papa Eugenio III para predicar una cruzada (a la que se adhirió también el emperador Conrado III), lo que hizo San Bernardo en Vézélay: exalta la cruzada como “una invención exquisita” del Señor mediante la cual admite tener a su servicio a homicidas, raptores, adúlteros, perjuradores, y a tantos otros criminales, y les ofrece, con este medio, una ocasión para salvarse.

A pesar de la organización estricta de esta segunda cruzada, pronto estallaron fricciones entre franceses y alemanes, y, sobre todo, entre cruzados y bizantinos. En Anatolia, los cruzados fueron diezmados por los turcos y las enfermedades; Conrado y los alemanes reembarcaron el 8 de septiembre de 1148; Luis VII abandonó Jerusalén en la primavera de 1149, preocupado por problemas conyugales (su mujer se entendía con Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía). En definitiva, el objetivo principal de la segunda cruzada (recuperar Edesa) no se logró, tanto por la descoordinación y la falta de un plan de ataque

y de capacidad militar ofensiva, como por la hostil relación con los bizantinos, el fortalecimiento de los medios islámicos y la conciencia de Yihad (guerra santa).

Nur al-din conquistó, de 1149 a 1151, una parte del principado de Antioquía y todo el condado de Edesa. Formó un gran estado que se extendía de Mosul a Egipto. Sin embargo, los problemas de la Siria franca vinieron de Egipto. En el año 1171, el visir turco Salah-ed-din (Saladino) suprimió la dinastía fatimí de Egipto, restableció la ortodoxia suní y se apoderó del estado selyúcida, y conquistó Damasco (1174) y Alepo (1183). Aprovechando discordias internas, destruyó el ejército franco en Hattin (julio de 1187) y ocupó Jerusalén (2 de noviembre de 1187), Jaffa, Beirut, Acre y casi todo el territorio de la costa, menos Tiro, Trípoli y Antioquía.

La petición de ayuda a Occidente originó la tercera cruzada. Acudieron a ella el emperador Federico I Barbarroja, el rey de Francia, Felipe Augusto, y el de Inglaterra, Ricardo Corazón de León. El emperador esperaba recuperar parte del prestigio perdido durante sus enfrentamientos con el pontificado, pero se ahogó el 10 de julio de 1190 en Cilicia. La llegada del rey francés sirvió para recuperar Acre (12 de julio de 1191), pero el 2 de agosto volvió a Francia. Ricardo Corazón de León recuperó las plazas costeras hasta Jaffa, derrotó a los musulmanes en la batalla de Arsuf, conquistó Chipre y obtuvo de Saladino que los peregrinos pudieran acudir libremente a Jerusalén, lo que se había mostrado dispuesto a conceder desde un buen principio; se convirtió en ídolo de la caballería occidental y terror de los sarracenos por las masacres que ordenaba. Se marchó en enero de 1192, cuando estaba a 20 km de Jerusalén.

El estado que quedaba del reino franco era un estado marítimo, que dependía de la ayuda de los hombres y de las provisiones que podía recibir de un Occidente cada vez más olvidado de sus lejanos horizontes, debido a sus preocupaciones por su expansión interior.

2.3. La cuarta cruzada

Una nueva cruzada empezó a predicarse en Europa a partir de 1200, bajo la inspiración de Inocencio III, para atacar el delta del Nilo y romper así el eje político y militar entre Egipto y Siria, como paso previo para la reconquista de Palestina. Inocencio III había establecido un acuerdo con los venecianos, quienes se comprometieron a proporcionar las naves para transportar las tropas de los cruzados. Dado que estos, en el momento de la partida, no tenían el dinero para el primer pago del transporte, los venecianos prestaron igualmente las naves, pero cambiando el rumbo y fueron a conquistar Zara. En 1204, la cuarta cruzada, que financió la burguesía veneciana, fue básicamente la expresión de un imperialismo económico.

Cuando reemprendieron el viaje, llegó la noticia de que el emperador de Bizancio había sido destronado por su hermano y pedía ayuda: a cambio, prometía dinero, ayuda militar para la cruzada y la unión de las iglesias de Bizancio y Roma, separadas desde el cisma del siglo XI (término inadecuado pero que mantenemos por rutina). Los cruzados se desviaron de su objetivo, repusieron en el trono al emperador y entraron a Bizancio en 1204, a la que sometieron a un régimen de ocupación y saqueo. Se fundó entonces un imperio latino en Oriente, con Balduino de Flandes como emperador de Rumanía. Los territorios del imperio se repartieron de la siguiente manera: 3/8 para los cruzados, 3/8 para los venecianos y los 2/8 restantes para el emperador. Se abrió el mar Negro a Venecia y así se permitía completar su dominio del Egeo. Para los líderes cruzados fue un medio para apropiarse de nuevos territorios. El emperador griego permanecerá en Nicea hasta que, en 1261, con la ayuda de genoveses, reconquista Constantinopla y pone fin al imperio latino de Oriente. De Jerusalén ni siquiera se hablaba...

Oficialmente, la Europa cristiana llevó a cabo solo siete cruzadas (algunos autores contabilizan ocho). Cada una de ellas, no obstante, solo representaba el momento álgido de un fenómeno continuo de migración armada de occidentales hacia Oriente.

3. Consecuencias y valoración crítica

"Ahora partirán los jóvenes briosos
que estiman a Dios y la gloria
y que sabiamente a Dios quieren llegar;
permanecerán en casa los miedosos y pobres chicos..."

de Tebaldo, conde de Champaña y rey de Navarra

¿Eran, de verdad, los "jóvenes briosos" los que marchaban y los cobardes quienes se quedaron en casa? Si dejamos de lado el mito que la tradición católica ha hecho de ello, encontramos que ya en el siglo XII se levantaron voces de protesta debido a la ficción que montó el papado contra los herejes y los adversarios políticos.

Recordemos que Constantinopla tenía relaciones bastante satisfactorias, comerciales y políticas con sus vecinos musulmanes y que, en las tierras sometidas al islam, los cristianos eran respetados, tenían una relativa libertad de culto y, en conjunto, podían prescindir muy bien de la "ayuda" de Roma.

En cambio, los primeros cruzados no supieron hacer nada más que saquear al campesinado y las ciudades, así como cometer actos violentos de todo tipo y matanzas indiscriminadas. Los ejércitos feudales que llevaron a cabo la ocupación de Jerusalén destruyeron sistemáticamente la población musulmana y judía; los "barones" que encabezaban estos grupos buscaban aventuras o fortuna, o huían de venganzas o de situaciones insostenibles (Roberto II de Normandía estaba a punto de ser vencido por su hermano Guillermo II de Inglaterra; Bohemundo de Hauteville había sufrido una cruel derrota a manos de su hermanastro Roger Bursa; Godofredo de Lorena huía de las trabas políticas; el conde de Tolosa había decidido hacer fortuna en Tierra Santa, etc.).

En conjunto, pues, y siguiendo a Le Goff, diremos que el balance es negativo porque no se lograron ninguno de los objetivos "oficiales":

1) El primero era la conquista de Jerusalén:

- Duró menos de un siglo.
- Frente a la conquista latina, los turcos volvieron a fomentar la guerra santa.
- Se desarrolló a lo largo de todas las rutas seguidas por los cruzados un antisemitismo virulento y genocida.
- Las comunidades cristianas griegas, armenias o sirias fueron perseguidas enseguida por los latinos.

2) El segundo era ayudar a los bizantinos. Cada una de las tres primeras cruzadas aumentó la hostilidad entre griegos y latinos, hasta el punto de preparar la cuarta cruzada, que acabaría con la toma de Constantinopla.

3) El tercero era unir la cristiandad contra los infieles, pero todo fueron rivalidades:

- Personales, entre los líderes y la cruzada.
- Nacionales, entre alemanes y franceses, ingleses y franceses.
- Sociales, entre clérigos y laicos.
- Entre caballeros y pobres, descartados estos del botín.
- Entre los cruzados occidentales y los latinos orientales.

En cuanto a la influencia de las cruzadas en Occidente, el balance también es negativo. Las aportaciones culturales de Oriente no vinieron de estas comunidades, sino que la ciencia greco-árabe y las técnicas orientales llegaron vía España, Sicilia y Bizancio.

La Iglesia, al institucionalizar la cruzada:

- Introdujo en algunas partes de Europa, con la creación de las órdenes militares, fenómenos señoriales potentes de difícil transformación.

- Hizo más grave, en toda Europa, el fisco pontificio.

- Llegará a abusar de la práctica de las indulgencias (se ha dicho que la raíz última de la reforma protestante se encuentra en este hecho).

- Propició los brotes de antisemitismo.

- Moralizó la violencia y acabó por reconocer la existencia de una orden militar considerada como indispensable para la armonía universal y, por lo tanto, legitimada por la voluntad de la Providencia.

La Iglesia creaba, con sus numerosas y variadas empresas, de una manera indirecta, los modernos bancos europeos; el conjunto de los diezmos que todo el clero de Europa tenía que pagar anualmente al papa fue la verdadera fuente de prosperidad de las fuertes bancas florentinas: durante el último cuarto del siglo XIII la suma total de los diezmos del papado era tres veces superior a la renta del rey del Francia. La Curia romana, según F. Antal, contribuía mucho a la extensión de la economía monetaria: con sus impuestos se apropiaba de una gran parte de la renta europea, incrementando con su dinero el creciente capitalismo italiano.

Los papas también necesitaban grandes recursos financieros para mantener su poder político mundial, fortalecer su influencia sobre los príncipes europeos y, sobre todo, afianzar su posición en la propia Italia. Durante el siglo XIII, el

papado extendió su poder político restableciendo el estado papal y saliendo victorioso de su lucha contra el emperador: las levas eclesiásticas, empleadas para finalidades políticas del papado, particularmente en su lucha contra el Emperador, se convirtieron en ley habitual, teniendo su origen en los primeros impuestos que para las cruzadas creó la Curia, de modo que la ficción de que el dinero era utilizado para los gastos de las cruzadas perduró hasta finales del siglo XIII. El monje Salimbene de Parma, en su crónica, narra que por toda Francia era imposible, en el año 1251, recoger limosnas a favor de la cruzada porque la gente sentía por ella un verdadero desprecio.

Aun así, la Curia romana no tenía ninguna intención de renunciar a un instrumento de hegemonía tan poderoso. Y se inventó nuevas guerras santas. Se predicó entonces la cruzada contra los esclavos gentiles del nordeste europeo y, más adelante, contra los herejes en general. Se predicó, incluso, que era posible conseguir todas las ventajas de penitencia con el solo hecho de participar nominalmente en una cruzada, es decir, solo pagando a la Iglesia una cantidad de dinero determinada. También pagando se pudo poseer indulgencias a la hora de la muerte, en sufragio del alma (!).

La cruzada albigense, organizada por Inocencio III en 1209, se nos muestra ya como el instrumento de un totalitarismo religioso (liquidación de toda desviación religiosa) y como pretexto de una guerra de conquista.

La palabra *cruzada*, ya a finales de la Edad Media, significaba una empresa militar o ideológica dirigida contra un adversario, cuyo principal delito era pensar o vivir de manera diferente al agresor. La cruzada, pues, acabó por convertirse irremisiblemente en una complicada y desvergonzada operación política y económica.

Por todo ello, podemos afirmar que los orígenes más remotos de la carrera conquistadora de Europa sobre el resto del mundo se remontan a las cruzadas. Estas sirvieron para acumular importantes tesoros, ampliar las relaciones comerciales y anexarse nuevos territorios. La transición hacia el capitalismo se ponía en marcha.

4. Cruzada, política matrimonial y moral caballeresca

4.1. La predicación de la cruzada

Para iniciar el estudio de la época de las cruzadas utilizaremos un texto de N. Cohn que enumera, en pocas líneas, algunos aspectos clave del periodo:

- La convocatoria papal.
- Los objetivos de la cruzada.
- La política pontificia de lucha por la supremacía de Roma.
- La violencia feudal generada por los caballeros.
- La emigración de los segundogénitos.

"Cuando el papa Urbano II convocó a los caballeros de la cristiandad a la cruzada, liberó en las masas esperanzas y odios que se expresarían en términos muy diferentes a la finalidad que tenía la política papal. El principal objetivo de la famosa exhortación del papa en Clermont, en el año 1095, fue el de ofrecer a Bizancio los refuerzos que necesitaba para expulsar a los turcos selyúcidas de Asia Menor; esperaba que la Iglesia oriental reconocería, a cambio, la supremacía de Roma, restaurándose la unidad de la cristiandad. En segundo lugar, quería ofrecer a la nobleza, especialmente a la de su Francia natal, un posible encauzamiento para las energías guerreras que todavía se utilizaban demasiado a menudo en la destrucción de los campos. El momento era muy propicio, dado que el concilio de Clermont se había ocupado ampliamente de la tregua de Dios, esta ingeniosa invención con la que durante medio siglo la Iglesia se había esforzado en limitar la guerra feudal [...]

Urbano ofreció fabulosas recompensas a quienes tomaran parte en la cruzada. El caballero que, con intención piadosa, tomara la cruz obtendría la remisión de las penas temporales de todos sus pecados y si moría luchando todos sus pecados le serían perdonados. Además de las espirituales, también había recompensas materiales. La superpoblación no afectaba solo a los labradores; una de las razones de la perpetua guerra entre los nobles era precisamente una falta efectiva de tierra. Los hijos más jóvenes, a menudo, carecían de patrimonio y se veían obligados a conquistar su propia fortuna."

N. Cohn (1985). *En pos del milenio* (3.ª ed., col. AU, núm. 293, pág. 60). Madrid: Alianza.

4.2. Conquista y colonización

Queda, pues, claro que la iniciativa de la cruzada fue directamente del papa y que, de entrada, estuvo justificada por su carácter religioso. Por ello, cabe ahora subrayar:

- El elemento ideológico que la impulsó.
- La respuesta popular.
- El contexto europeo que la hizo posible.
- La idea de cruzada como conquista.
- El fenómeno colonizador.

"La reconquista española había preparado los espíritus para la idea de cruzada. El papa Gregorio VII (1703-1085), que había alentado activamente las expediciones a España, encaró el envío de una ayuda militar al Imperio bizantino, pero [...] fue el papa Urbano II quien la llevó a cabo [...] La iniciativa de la cruzada fue obra del pontífice. Guardó el

secreto mucho tiempo y solo reveló su proyecto [...] en un manifiesto solemne, en el concilio de Clermont-Ferrand, el 27 de noviembre de 1095. Este día, hizo un llamamiento a la cristiandad a las armas para liberar el Santo Sepulcro, y también para liberar a los cristianos de Oriente, oprimidos por el islam [...]

La idea de Urbano II [...] se distinguió de las empresas anteriores por su carácter propiamente religioso, originalmente desinteresado, totalmente internacional. El papa hizo un llamamiento a la lucha contra el islam a toda la cristiandad [...] Con Urbano II, la cristiandad responde al islam con una guerra general.

[...] La cruzada se propagó con gran rapidez porque fue una idea pasional, que desvelaba una mística colectiva [...] A la voz del papa, respondió el grito de «Dios lo quiere» (*Deus lo volt*), que atravesó los siglos. Quienes lo escucharon, se «cruzaron» (cosiendo, como insignia de su voto, una cruz de tela a la ropa) [...]

El elemento ideológico puesto de manifiesto de este modo –la mística de la cruzada– no desaparecerá nunca del todo [...] Pero, inmediatamente, tuvo que integrarse con el hecho de conquista y después con el hecho de colonización.

Primero, el hecho de conquista. La predicación de la cruzada cayó en una Europa en pleno auge. Desencadenó el imperialismo militar del feudalismo capetiano y lotaringio, y el imperialismo económico de las repúblicas marítimas [...] La absolución de los pecados concedida a los cruzados por la Iglesia rehízo una virginidad y aseguró una coartada moral a muchas conciencias turbias, aventureros o caballeros bandidos [...] Los más astutos, Balduino I, Bohemundo, Tancredo, encontrarán en la cruzada la inesperada ocasión de hacerse con señoríos y reinos bajo el sol de Oriente. El cruzado se convertirá en conquistador, para el que todos los procedimientos serán buenos –violencia, perjurio, incluso asesinatos– mientras sirvan para ensanchar su lote [...]

Después de la conquista, la colonización. Una vez nacidos del éxito de la cruzada los estados francos de Siria y Palestina, las necesidades de la colonización imprimirán a la historia de Oriente latino tendencias diametralmente opuestas al espíritu del 1095. En Jerusalén, Antioquía, Trípoli, Edesa, habrá que encontrar un *modus vivendi* con los estados turco-árabes vecinos, vivir en permanente simbiosis con los *fellahs* y mercaderes musulmanes que permanecieron en tierra franca, aceptar un mínimo de tolerancia religiosa entre cristiandad e islam [...]

Puede decirse que la historia de Oriente latino será la de la sorda oposición e incesantes componentes entre la idea de cruzada y el hecho colonial. [...] Sin el impulso espiritual de la cruzada, sin la mística del concilio de Clermont, nunca habría habido colonias francas en Siria. Y sin el realismo colonial de un Balduino I, la obra de la cruzada no hubiera durado diez años".

R. Grousset (1972). *Las cruzadas* (2.ª ed., pág. 21-25). Buenos Aires: EUDEBA.

4.3. De la recesión a la expansión demográfica

Se suele coincidir en que el crecimiento demográfico y la falta consiguiente de tierras fue uno de los mecanismos desencadenantes de la emigración europea hacia el este. El análisis de la evolución demográfica europea nos permite entender mejor:

- Cómo la debilidad demográfica de Europa facilitó la expansión del islam.
- Cómo el Imperio bizantino y carolingio basaron su fuerza en la recuperación demográfica.
- Cómo la posterior debilidad demográfica del área islámica propició el movimiento de las cruzadas.

"Este desarrollo de la población experimentó un abrupto retroceso debido a la terrible serie de epidemias de peste en el siglo VI, a partir del 542, y que, evidentemente, persistieron hasta muy entrado el siglo VII. El reajuste de población [...] redujo el poder del Imperio bizantino y probablemente impidió la restauración del Imperio de Occidente.

Por otro lado, tan anulado estaba el Imperio romano, que el islam se pudo extender por todo el sur y sureste, mientras que los germanos se apoderaban del oeste. Todas las áreas europeas experimentaron un ligero crecimiento desde el 650 hasta el 700, quizá de un tercio de la población. Dos imperios, el bizantino y el carolingio, basaron su fuerza, en parte, en este crecimiento demográfico.

Durante el periodo comprendido entre el 500 y el 800, las ganancias logradas desde el punto más bajo determinado por la peste llevaron a la población europea al nivel conseguido antes de la peste, quizá incluso más alto en las áreas central y septentrional del continente. En contraste con esta recuperación, en el mundo islámico del sur se experimentó una gradual bajada y todas las posibles ventajas obtenidas gracias a la peste fueron perdidas en el periodo de los años 500 a 1000. Un intento de comparación entre las diferentes áreas lo dan las siguientes cifras:

	500	1.000
Europa meridional	13	17
Norte y centro	9	12
Este de Europa	5,5	9,5
Asia menor-Siria-Egipto-Norte de África	22,5	12,5

El entusiasmo que, en sus orígenes, provocó el islam empezaba a declinar: el califato perdía un emirato tras otro, empezando por Córdoba, perdida en el 755. Las relativas ventajas de las que disfrutaba la Europa cristiana hacia el año 1000 forman parte también del panorama demográfico determinado por las cruzadas".

C. N. Cipolla (ed.) (1979). *Historia económica de Europa (1). La Edad Media* (pág. 40-41). Barcelona: Ariel.

4.4. Crecimiento económico y expansión urbana

¿Cómo caracterizar, desde un punto de vista económico, el siglo XI, de manera que nos permita obtener una visión más global del fenómeno de las cruzadas? Una de las tesis tradicionales sobre este periodo nos la proporciona H. Pirenne, que cree que el impulso económico y el renacimiento comercial son debidos a un agente externo a la propia dinámica feudal. Aunque no todo el mundo esté de acuerdo, vale la pena subrayar los puntos básicos de la tesis de Pirenne, como son:

- La reanudación económica del siglo X.
- El despertar del siglo XI.
- La reforma eclesiástica: la lucha contra el emperador.
- El militarismo feudal: expansión y conquista.
- Altas tasas de natalidad: incremento de aventureros, mercenarios y mano de obra.
- Aparición de nuevas ciudades.
- Incremento de la colonización agraria: nuevas roturaciones.
- Renacimiento comercial: el área meridional y el área hanseática.
- El retroceso del islam.

"... El siglo X fue, si no una época de restauración, sí una época de estabilización y de paz relativa. [...] Podemos considerar el siglo X como el momento en el que el movimiento ascendente de la población experimenta un nuevo impulso.

[...], fue en el siglo X cuando se esbozó la estructura que nos presenta el siglo XI. La famosa leyenda de los terrores del año 1000 no está carente [...] de significación simbólica. Sin duda, es falso que los hombres esperaran el fin del mundo en el año 1000, pero el siglo que arranca de esta fecha se caracteriza [...] por un recrudecimiento tan acusado de la actividad, que podía considerarse como el despertar de una sociedad atenazada durante mucho tiempo por una pesadilla angustiosa. En todos los campos se observa la misma explosión de energía e incluso, yo diría, de optimismo. La Iglesia, reanimada por la reforma cluniacense, intenta [...] liberarse de la servidumbre a la que la tienen sometida los emperadores. El entusiasmo místico que lo anima y transmite a sus fieles los lleva a la grandiosa y heroica empresa de las cruzadas [...]. El espíritu militar del feudalismo le hace abordar y triunfar en empresas épicas. Caballeros normandos irán a combatir, al sur de Italia, contra bizantinos y musulmanes, y fundan allí los principados de los que pronto surgirá el reino de Sicilia. Otros normandos, a quienes se unen los flamencos y los franceses norteños, conquistan Inglaterra [...]. Al sur de los Pirineos, los cristianos obligan a retroceder a los sarracenos de España [...] [Estas empresas] hubieran sido manifiestamente imposibles sin la abundante natalidad, que es una de las características del siglo XI. La fecundidad de las familias se daba tanto entre la nobleza como entre los campesinos. Los segundos eran muy abundantes [...] impacientes por tratar de hacer fortuna lejos. Por todas partes se encuentra aventureros en busca de ganancias o de trabajo. Los ejércitos están abarrotados de mercenarios [...], que alquilan sus servicios a quienes los quieran contratar [...] En todas las regiones de Europa se ofrecen brazos en cantidad superabundante y esto ciertamente explica los grandes trabajos de roturación, artigado y de construcción de diques [...] Europa se colonizó a sí misma debido al crecimiento de sus habitantes. Los príncipes y los grandes propietarios empezaron a fundar nuevas ciudades [...] Empezaron a aparecer claros en los grandes bosques [...]

[...] el aumento de población y la renovación de la actividad [...] evolucionó en provecho de la economía agrícola. Pero su influencia se notó también en el comercio, que inicia ya antes del siglo XI un periodo de renacimiento. Este renacimiento se desarrolló bajo los auspicios de dos centros [...]: Venecia y la Italia meridional, por un lado, y la costa flamenca, por el otro, lo que hace suponer que es el resultado de un agente externo [...] Del mismo modo que el comercio occidental desapareció al cerrarse sus salidas al exterior, volvió a surgir con la apertura de estas.

[...] [Venecia] desde el siglo VIII se dedica con éxito al abastecimiento de Constantinopla. Sus barcos transportan los productos de las regiones que la rodean por el este y el oeste: trigo y vinos de Italia, madera de Dalmacia, sal de los lagos y [...] esclavos [...]. Por paga recibe los valiosos tejidos que fabrica la industria bizantina, así como especias [...]. Su religión es una religión propia de gente de negocios. Poco les importa que los musulmanes sean los enemigos de Cristo, si el comercio con ellos puede ser rentable...

[...] la influencia veneciana no fue la única en hacerse notar [...] Bari, Tarento, Nápoles, pero principalmente Amalfi, mantienen con Constantinopla relaciones similares a las de Venecia [...] Su navegación no podía dejar de encontrar [...] seguidores entre los habitantes de las ciudades costeras situadas más al norte. Y, efectivamente, desde el inicio del siglo XI, se puede comprobar cómo Génova [...] y [...] Pisa invierten sus esfuerzos hacia el mar. Aún en el 935, los piratas sarracenos habían saqueado Génova [...] No se podía abrir el mar a la navegación si no era por la fuerza. Entre el 1015 y el 1016 los genoveses dirigen una expedición, de mutuo acuerdo con Pisa, contra Cerdeña. [...] en el 1034, se apoderaban, temporalmente, de Bona, en la costa africana; los pisanos [...] entran victoriosamente, en el 1062, en el puerto de Palermo, cuyo arsenal destruyen. En el 1087, las flotas de las dos ciudades [...] atacan Mahdía.

[...] La catedral de Pisa, construida después del triunfo, es un símbolo admirable del misticismo de los vencedores y de la riqueza que la navegación empieza a proporcionar. Para su decoración se utilizan columnas y mármoles preciosos traídos de África [...]

Así, ante el contraataque cristiano, el islam retrocede poco a poco. El desencadenamiento de la primera cruzada (1096) marca su retroceso definitivo. Ya en el 1097, una flota genovesa ponía rumbo a Antioquía con la intención de llevar a los cruzados refuerzos y víveres. Dos años más tarde, Pisa envía barcos «por orden del papa» para liberar Jerusalén. Desde entonces, toda el Mediterráneo se abre o, mejor dicho, se vuelve a abrir a la navegación occidental. Como en la época romana, se restablece el intercambio de un lado a otro de este mar, esencialmente europeo.

El dominio islámico sobre el Mediterráneo se ha acabado. Sin duda, los resultados políticos y religiosos de la cruzada fueron efímeros. El reino de Jerusalén y los principados de Edesa y Antioquía fueran reconquistados por los musulmanes en el siglo XII, pero el mar ha quedado en manos de los cristianos. Y son ellos quienes ahora ejercen la preponderancia económica. Toda la navegación en «las escalas de levante» les pertenece. Sus establecimientos comerciales se multiplican con sorprendente rapidez en los puertos de Siria, Egipto y en las islas del mar Jónico. Mediante la conquista de Cerdeña (1022), Cór-

cega (1091) y Sicilia (1058-1090) arrebatan a los sarracenos las bases de la operación que, desde el siglo XI, les habían permitido mantener a Occidente bloqueado [...]

Pero sus progresos (de Génova y Pisa) suscitaron también los celos de Venecia, que no podía aguantar el tener que compartir con estos abyectos un comercio cuyo monopolio pretendía conservar [...] Empieza, de este modo, entre las ciudades marítimas, un conflicto que durará tanto tiempo como su prosperidad..."

H. Pirenne (1972). *Las ciudades de la edad media* (pág. 53-70). Madrid: Alianza.

4.5. Emigración de los pobres o revuelta popular

La información que proporcionan los textos anteriores nos permite entender mejor la visión que de la primera cruzada nos ofrece Guibert, abad de Nogent, donde pone de manifiesto:

- El impacto popular de la predicación de la cruzada.
- La importancia del factor demográfico en su gestación.
- La situación económica y el descalabro de los precios.

"VI. Una vez acabado el concilio que se había celebrado en Clermont, un poco antes de la octava de San Martín, en el mes de noviembre, se levantó en toda Francia un gran rumor; [...] y era tan grande el celo de los pobres, exaltados por los deseos [de emprender el viaje] que ninguno de ellos consideró la insignificancia de sus ingresos, ni examinó la conveniencia de dejar sus casas, viñas y campos; al contrario, [cada uno] vendió la mejor de sus posesiones a un precio mucho más bajo que si se hubiera encontrado sometido a la más dura cautividad, cerrado en una prisión y forzado a la necesidad de rescatarse lo antes posible. Se produjo en esta época, por causa de una carencia general de grano, una gran penuria aun entre los ricos, de modo que, aunque tuvieran mucho que comprar, no poseían nada o casi nada con lo que hacerlo [...] Pues, como he dicho antes, aunque aquel tiempo poco fértil limitara los bienes de todos, [cuando Cristo inspiró] a estas masas innumerables el impulso de marchar voluntariamente al exilio, las riquezas de un buen número de ellos surgieron enseguida; y lo que parecía más caro cuando nadie se movía, fue de repente vendido a un precio bajo, cuando todos se dispusieron a emprender el viaje [...] Aquella falta de grano se transformaba entonces en abundancia; [...] Vimos en aquella ocasión cosas sorprendentes y muy propicias para provocar la risa: pobres que, herrando los bueyes como si fueran caballos y enganchándolos a un carro de dos ruedas, cargaban en ellos sus escasas provisiones y a sus hijos y los arrastraban; y cuando los niños tenían delante algún castillo o ciudad preguntaban si aquello era Jerusalén [...]

VIII. Mientras los príncipes, que necesitaban [hacer] muchos gastos y [utilizar] los servicios de su cortejo, hacían los preparativos lenta y engorrosamente, el pequeño pueblo, débil de recursos pero muy numeroso, se unió a un tal Pedro el Ermitaño y lo obedeció como maestro suyo..."

Guibert de Nogent. *Gesta Dei per Francos* (libro I, cap. I, VI y VIII).

¿A qué se debía la respuesta popular masiva? ¿Cómo se pueden explicar estos comportamientos colectivos? Vamos a dar una pista:

- La miseria y el hambre como contexto material.
- La búsqueda colectiva de la salvación como respuesta.
- La aparición de profetas como signos de los tiempos.
- La revuelta social como trasfondo de las herejías.

"El ejército que el papa había soñado tenía que estar formado por caballeros con sus vasallos, todos juntos preparados para la guerra y debidamente equipados [...] Por su parte, las bandas reunidas por la predicación de los profetas estaban constituidas por [...] pobres y provenían de aquellas regiones superpobladas en las que la suerte de los pobres era una perpetua calamidad. Además, durante la década 1085-1095 la vida había sido mucho más difícil [...] había tenido lugar una serie ininterrumpida de inundaciones, sequías y

hambres. A partir del año 1089 [...] una plaga, particularmente desagradable, [...] azotaba las ciudades y los pueblos... Las reacciones de las masas ante estas calamidades habían sido las habituales: la gente se congregaba en grupos devotos y penitentes alrededor de los ermitaños y otros santos, embarcándose en una búsqueda colectiva de la salvación. La repentina aparición de los profetas, que predicaban la cruzada, daba a estas masas afligidas la oportunidad de formar grupos salvacionistas a escala mucho más amplia y, al mismo tiempo, de escapar de tierras en las que la vida se había vuelto intolerable [...]

[...] Las últimas cruzadas populares pueden ser consideradas como los primeros ensayos de un tipo de milenarismo que era nuevo en la Europa medieval y que pretendía, aunque de manera confusa, abatir a los poderosos y exaltar a los humildes [...] En 1309, el papa Clemente V envió una expedición de caballeros hospitalarios a la conquista de Rodas como baluarte contra los turcos; en el mismo año se sufrió mucha hambre en Picardía, en los Países Bajos y en la parte baja del Rin. Las dos circunstancias unidas bastaron para provocar otra cruzada del pueblo en la misma región [...] Cuando en 1315 una pérdida universal de cosechas condujo a los pobres casi al canibalismo, se formaron largas procesiones de peregrinos casi desnudos implorando el perdón de Dios, mientras que las esperanzas milenaristas estaban en todo su apogeo. En medio del hambre, se extendió una profecía que anunciaba que los pobres, empujados por la necesidad, se levantarían en armas contra los ricos y poderosos [...] No nos puede sorprender que cuando, en 1320, Felipe V de Francia propuso otra expedición a Tierra Santa, su idea fue inmediatamente captada por las masas desesperadas [...]

[...] los primeros en responder fueron los pastores o los porquerizos, algunos de ellos todavía sin barba, por eso este movimiento también se conoce con el nombre de cruzada de los pastores [...] Fue una cruzada que, mientras se llevaba a cabo, parecía amenazar, más que cualquiera de las anteriores, la estructura total de la sociedad; los «pastoureaux» de 1320 aterrorizaban profundamente a ricos y privilegiados."

N. Cohn: *op. cit.* (pág. 62 y 101-103)

4.6. La visión desde Bizancio

Para completar la visión de este movimiento, nos podemos referir ahora a la actitud de los bizantinos ante la oleada migratoria que se les acercaba, y a la imagen que tenían de los cruzados. Un texto de la hija primogénita del emperador Alejo I así lo describe:

"Aun así, yo quiero dar un relato más claro y detallado de este asunto; según el rumor que circulaba por todas partes, Godofredo fue el primero que vendió sus tierras y tomó el camino en cuestión. El hombre era muy rico, muy orgulloso de sus noblezas, de su bravura y de la ilustración de su raza; porque cada celta deseaba aventajar a los otros. Se produjo entonces un movimiento, de hombres y mujeres juntos, como nunca se había visto; las personas más simples iban realmente impulsadas por el deseo de venerar el sepulcro del Señor y de visitar los lugares santos; pero los hombres perversos, como Bohemundo y sus comparsas, albergaban en el fondo de su corazón otro deseo y la esperanza de que quizá ellos podrían, de paso, apoderarse de la propia ciudad imperial, como si hubieran encontrado allí una ocasión de beneficio. Bohemundo turbaba los ánimos de muchos nobles guerreros porque él alimentaba un viejo odio contra el autócrata. Aun así, Pedro, después de haber predicado, como ya se ha dicho, fue el primero de todos en franquear el estrecho de Lombardía con 80.000 hombres a pie y 100.000 a caballo, y llegó a la ciudad imperial atravesando Hungría".

A. Comnena. *Alexiada* (libro X, cap. V, núm. 4-10). En línea en: http://en.wikisource.org/wiki/The_Alexiad.

Dejando de lado el espíritu que animaba a las multitudes de pobres, el texto de A. Comnena se refiere abiertamente a aquellos cruzados movidos por un espíritu laico y un claro interés económico. Como testigo de esta otra manera de marchar a la cruzada, tenemos la carta de un colonizador, Foucher de Chartres, en la que se manifiesta:

- La integración de los recién llegados a la nueva cultura.

- La pérdida total del ideal de cruzada contra el infiel.
- El enriquecimiento de los colonizadores.

"Fuimos occidentales y nos hemos convertido en orientales; quien era italiano o francés se ha vuelto galileo o palestino, el hombre de Reims o de Chartres se ha transformado en sirio o antioqueno. Ya nos hemos olvidado de nuestros viejos países. Hay algunos que nunca los han llegado a conocer, e incluso, ni han oído hablar de ellos. Ahora, poseemos casas y sirvientes con tanta seguridad como si hubieran sido heredados de los padres. Hay también quienes han tomado por mujer no una de su país, sino una siria o una armenia o, quizá, hasta una sarracena bautizada. Aquí se tiene suegro, suegra, yerno, chiquillería y todo tipo de parientes. Ya hay quienes beben vino de su viña, otros se nutren con el fruto de sus campos. Nos hacemos entender en todas las lenguas del país: tanto con indígenas como con forasteros o colonos, todo el mundo se ha convertido en políglota, y la confianza acerca a las razas más diversas. Se cumple el dicho de la Escritura; «El león y el buey, los dos comerán en el mismo comedero». El forastero ya se ha vuelto como del país, el inmigrante se asemeja al indígena. Siempre tenemos parientes y amigos que vienen desde Occidente para alegrarnos. Sin temor de ningún tipo dejan todo lo que poseían porque quien allá era pobre encuentra aquí, gracias a Dios, la riqueza. Quien no tenía sino algún dinero aquí tiene tesoros. Quien en su patria no disfrutaba de ninguna posesión lo encuentras aquí señor de una ciudad. ¿Quizá deberemos dar media vuelta cuando esta tierra de Oriente haya satisfecho todos nuestros deseos?"

Carta de Foucher de Chartres

4.7. Una primera forma de acumulación de capital

Este panorama casi idílico esconde, sin embargo, un hecho capital: ¿cómo llegaron a enriquecerse los cruzados? ¿De dónde proviene la riqueza de los colonizadores? ¿El recelo que dejaba entrever el texto de A. Comnena estaba fundamentado? ¿La cruzada oficial de caballeros iba a liberar, realmente, el Santo Sepulcro? La siguiente compilación de textos, a la vez que nos permitirá responder a estos interrogantes, mostrará para qué sirvieron las cruzadas y cómo estas se sitúan en el amanecer de la transición hacia el capitalismo.

"El 15 de julio de 1099 era conquistada Jerusalén [...] Todos los defensores de la ciudad abandonaron los muros y huyeron por toda la ciudad, y los nuestros los persiguieron matándolos y acuchillándolos hasta llegar al templo de Salomón [...], donde se produjo una masacre tan atroz que los nuestros andaban entre la sangre, que les llegaba a las rodillas.

Inmediatamente, se fueron a recorrer la ciudad, robando el oro, la plata, los caballos, las mulas y asolando las casas que se encontraban llenas de riqueza. Después, inmensamente contentos, llorando de alegría, los nuestros fueron a dar cuenta al Santo Sepulcro de nuestro Salvador Jesús y satisficieron sus deudas con él. [...]

El reparto del botín comportaba todo tipo de disputas, y la codicia que surgió sembraba discordias y querellas entre los cruzados. Robert de Clary es el primero en quejarse de estos «importantes hombres» que, durante el reparto, se han quedado, desvergonzadamente, con las tres cuartas partes del botín:

«Incluso quienes se suponía que debían cuidar los bienes tomaban joyas de oro y todo aquello que les dictaba su capricho... y cada uno de los hombres ricos tomaba joyas o telas de oro, o cualquier otra cosa que deseara... y no se repartía nada entre las tropas, ni entre los caballeros pobres que, sin embargo, habían ayudado a ganar...»

Habla con conocimiento de causa, dado que en otro pasaje explica con detalle cómo su hermano Aleaume, que había destacado por sus gestas brillantes, al ser uno de los primeros en entrar en la ciudad, encuentra numerosas dificultades durante el reparto, con el pretexto de que, por el hecho de que es un clérigo, y no caballero, no tenía derecho al botín."

R. Pernoud (1987). *Los hombres de las cruzadas* (pág. 76-77, 222). Madrid: Swan.

"Igual que este palacio se rindió al marqués Bonifacio de Monferrer, el de las Blanquernas se rindió a Enrique, hermano del conde Balduino de Flandes, y salvó, igualmente, las vidas de quienes estaban en su interior. También allí fue encontrado un tesoro muy grande [...] Cada cual llenó con los suyos el castillo que le fue entregado e hizo custodiar el tesoro; y quienes estaban dispersos por la ciudad hicieron también un gran botín; fue tan grande la ganancia que nadie podía hacer la cuenta [entre] oro y plata, vajillas, piedras preciosas, sartenes, tejidos de seda, capas [...] y todo tipo de objetos preciosos como nunca se encontraron en la tierra. Godofredo de Villehardouin, mariscal de Champagne, da testimonio según la verdad y en conciencia de que, desde que el mundo fue creado, nunca se ganó tanto en una ciudad [...]

[...]; fue grande la alegría por la fortuna y la victoria que Dios les había proporcionado, dado que los que habían estado en la pobreza nadaban ahora en la riqueza y el lujo."

G. de Villehardouin (1952). "La conquête de Constantinople". En: Pauphilet (ed). *Historiens et chroniqueurs du Moyen Age* (pág. 144-147). París: La Pléïade.

"La acumulación de capital-dinero por parte de los mercaderes italianos, que dominaron la vida económica europea desde el siglo XI al XV, proviene, directamente, de las cruzadas, que fueron una enorme operación de rapiña.

Sabemos, por ejemplo, que en el año 1101 los genoveses ayudaron a los cruzados en la conquista y el pillaje del puerto palestino de Cesarea. Recibieron ricas recompensas para sus oficiales y remuneraron con el 15% del botín a los propietarios de los barcos, y distribuyeron el resto entre ocho mil marineros y soldados; cada uno recibió 48 «solidi» y una libra de pimienta. Cada uno de ellos se transformó, pues, en un pequeño capitalista."

E. Mandel (1977). *Tratado de economía marxista* (6.ª ed., vol. I, pág. 139). México: Era.

"Los beneficios fueron fabulosos y, con el tiempo, el papa condenó el hecho consumado. Es cierto que antes se habían llevado a cabo todo tipo de invasiones y de guerras… pero aquí aparece un nuevo tipo de explotación, en el que se utilizaba conscientemente la religión para ampliar las relaciones comerciales y organizar territorios extranjeros como anexos permanentes de Europa."

O. C. Cox (1972). *El capitalismo como sistema* (pág. 107). Madrid: Fundamentos.

4.8. La guerra santa cristiana

A pesar de la evidencia de estos hechos, la Iglesia seguía predicando la cruzada, insistiendo, como lo hace San Bernardo en 1147, en:

- La liberación contra el infiel.
- La exaltación de la vida caballeresca.
- La sacralización de la guerra.

"Ha llegado, hermanos míos, el tiempo favorable y acepto; han llegado los días de copiosa y rica salud. El mundo se ha estremecido, todo él se acaba de conmover con las dolorosas noticias de que el Dios del cielo pierde su tierra. Digo su tierra, aquella, se entiende, en la que se vio el Verbo del Padre predicando y enseñando a los hombres, y viviendo en su compañía durante más de treinta años; aquella tierra que iluminó con el resplandor de sus milagros, y consagró con su divina sangre, y embelleció con las primeras flores de su Resurrección. Hoy, por el mal de nuestros pecados, levantaron su sacrílega cabeza sus enemigos declarados de la cruz y han pasado, con sangre y fuego, aquella tierra de las antiguas promesas. Y se acerca el día en que, si nadie les sale al paso, llegarán hasta la misma ciudad de Dios vivo e irrumpirán por sus calles, y asaltarán los monumentos sagrados de nuestra Redención, y profanarán los lugares santos que enrojeció, como con rocío rosado, la sangre del Cordero Inmaculado. [...]

Y dado que vuestra tierra es fecunda en varones alentados, y rica en juventud animosa, exuberante de fuerza y de valor; dado que la bravura de vuestro pueblo vuela en alas de la fama por todo el mundo y publica vuestro esfuerzo a los cuatro vientos, levantaos también vosotros, ceñíos virilmente las armas y alistaos, celosos y fervientes, bajo las banderas donde campea el nombre de Cristo. Renunciad a este género de milicia, o mejor dicho, de malicia y perversidad [...] con el que os armáis continuamente para precipitaros los unos contra los otros y exterminaros con vuestras propias manos. ¿Qué furor os

arrebata, desventurados, para clavar vuestra espada en el corazón de vuestro hermano, arrancándole, junto con la vida del cuerpo, la del alma? ¡El vencedor puede complacerse, en estos combates, de haber matado su propia alma cuando se alegra de haber matado a su enemigo! Aventurarse a estos combates no es signo de bravura ni de audacia, sino más bien de locura, de insania y frenesí. Yo os ofrezco, pueblo bélico, soldados valientes, yo os ofrezco un palenque donde luchéis sin exponeros a ningún peligro, donde podáis vencer con gloria verdadera, y donde la misma muerte sea un premio ventajoso."

San Bernardo (1929). *Obres completes. V: Epistolari* (Carta CCCLXIII, pág. 682-685). Barcelona.

Esta forma de predicar la cruzada pone de manifiesto un cambio básico en la actitud de la Iglesia hacia la guerra: se pasa de la actitud pacifista, más o menos explicitada por los primeros obispos, a una actitud, inspirada en Agustín de Hipona, sobre la guerra justa, en la que luchar y matar no solo no es motivo de pecado, sino que se absuelve a quien participa en ella. En el sermón y propaganda de las cruzadas, la idea de la misión cristiana de la caballería se muestra con toda claridad. La cruzada cumplía, así, la misión de dotar a la Iglesia de un ejército permanente y le atribuía el derecho de dirigir la autoridad militar. Y todo como justificación de la lucha contra el emperador por la hegemonía política sobre Europa. Cristiandad y belicismo se daban, una vez más, la mano.

"Un aspecto del ideal de cruzada [...] es la manera en la que este indujo a las autoridades de la Iglesia y, en particular, al reformado papado a reglamentar el lugar que ocupaban en la sociedad la guerra y los guerreros a finales del siglo XI. La convocatoria de cruzada del papa Urbano II, en el 1095, logró su punto culminante al dar por acabado un largo periodo de evolución en la actitud de la Iglesia en estos asuntos. Siempre había existido una tensión en el pensamiento cristiano entre las actitudes pacifistas y las militantes de la tradición judeocristiana [...] En la Iglesia primitiva la tradición pacífica tenía una gran fuerza, y esto era debido a que entre los primeros padres se contemplaba la violencia de las guerras de los romanos como una violación de la caridad cristiana. Aun así, después de la conversión de Constantino, esta situación se modificó un poco porque, ahora, las guerras de los romanos eran iniciadas por un emperador cristiano y en defensa de un estado que se estaba volviendo predominantemente cristiano. Agustín [...] diseñó los que serían los fundamentos de la posterior teoría cristiana medieval de la guerra justa [...] El comienzo de la Edad Media heredó muchas ideas sobre la justificación, o no, de la guerra (y, por lo tanto, sobre el papel del guerrero en la sociedad) totalmente ambiguo.

[...] con el tiempo, el pensamiento eclesiástico empezó a decantarse a favor de la militancia, hasta que, finalmente, la indulgencia de las cruzadas invirtió las enseñanzas de los libros penitenciales. «Aquellos que hagan este viaje ganarán el perdón de toda penitencia», prometió Urbano a Clermont; luchar y matar en esta nueva guerra para liberar la Tierra Santa no haría incurrir en falta, sino que absolvería a los hombres del pecado. [...]

[...] el cambio se ha producido dentro de un sistema de ideas profundamente eclesiástico y jerárquico. La organización episcopal de fuerzas militares para defender la Paz de Dios y el llamamiento de Gregorio a la *militia Sancti Petri* apuntan hacia una caballería que será el fuerte brazo derecho del clero y que estará sometida directamente a sus órdenes. La propaganda clerical de las cruzadas abrió el «nuevo camino» para los caballeros. Para el cruzado, las órdenes militares, el Templo, el Hospital y las órdenes teutónicas y españolas, vienen a ser precisamente esto, el poderoso brazo derecho de la Iglesia militante. [...]

[...] lo que era realmente nuevo en la enseñanza de la Iglesia, a finales del siglo XI, era la exigencia de las autoridades eclesiásticas de dirigir la autoridad militar como un derecho, y no la santificación de la convocatoria a las armas.

[...] Cristiandad y belicismo se entrelazaban de manera inseparable desde los primeros momentos de la formación de la caballería como elementos combinados de una antigua herencia.

[...] Las cruzadas se han convertido en una gran aventura caballeresca en la que los servicios de Dios, la búsqueda de la fama y la recompensa terrenal se han entrelazado tan fuertemente que no hay que intentar, por más tiempo, desenredar los hilos.

[...] Las cruzadas ofrecían la oportunidad de que el comportamiento heroico se incluyera en un contexto cristiano."

M. Keen (1986). *La caballería* (pág. 68-75, 81-82). Barcelona: Ariel.

4.9. El enfrentamiento papa-emperador

La convocatoria de Urbano II a las cruzadas fue, pues, un llamamiento a la caballería en general, sin admitir ningún intermediario entre él –como vicario de Pedro– y la institución caballeresca. Era un acto más en la lucha por el *dominium mundi* entre el papa y el emperador. Uno de los documentos básicos de este enfrentamiento fue el *Dictatus Papae*, redactado en el 1075 por el papa Gregorio VII, donde resume la concepción teocrática del papado frente a los poderes civiles.

"1. Solo la Iglesia romana ha sido fundada por Dios.

2. Solo el pontífice romano tiene derecho a ser llamado universal.

3. Solo él puede deponer y absolver a los obispos.

4. Su legado, en un concilio, está por encima de todos los obispos, aunque sea inferior a ellos en grado, y puede pronunciar contra ellos una sentencia de deposición.

5. El papa puede deponer a los ausentes.

6. Respecto a aquellos que han sido excomulgados por él, no se puede, entre otras cosas, vivir bajo el mismo techo.

7. Solo él puede, según la necesidad, promulgar nuevas leyes, reunir nuevas gentes, transformar una colegiata en abadía, dividir un obispado rico y unir obispados pobres.

8. Solo él puede utilizar las insignias imperiales.

9. El papa es el único a quien todos los príncipes besan los pies.

10. El papa es el único cuyo nombre tiene que ser pronunciado en todas las iglesias.

11. Su nombre es único en todo el mundo.

12. A él le es permitido deponer a los emperadores.

13. A él le es permitido cambiar a los obispos de una sede a otra según la necesidad.

14. Él tiene el derecho de ordenar un clérigo de cualquier iglesia donde él quiera.

15. Aquel quien ha sido ordenado por él puede mandar en la iglesia de otro, pero no debe hacer la guerra, no puede recibir de otro obispo un grado superior.

16. No se puede convocar ningún sínodo general sin su consentimiento.

17. Ningún texto o libro puede tener valor canónico fuera de su autoridad.

18. Sus sentencias no pueden ser reformadas por nadie, y únicamente él puede reformar las sentencias de todos.

19. No tiene que ser juzgado por nadie.

20. Nadie puede condenar a quien apela a la Sede Apostólica.

21. Las causas mayores de toda la Iglesia tienen que ser transferidas a la Sede Apostólica.

22. La Iglesia romana nunca se ha equivocado, y según el testimonio de la Escritura nunca se equivocará.

23. El Pontífice romano, canónicamente ordenado, deviene indudablemente santo por los méritos del bienaventurado Pedro.

24. Por orden y con el consentimiento del papa está permitido a los súbditos acusar.

25. Él puede, fuera de una asamblea sinodal, deponer y absolver a los obispos.

26. El que no está con la Iglesia romana no puede ser considerado como un católico.

27. El papa puede desligar a los súbditos del juramento de fidelidad a los malvados."

Dictatus Papae

La respuesta del emperador Enrique IV no se hizo esperar, y el 27 de marzo del 1076 le dirigía una carta donde las críticas definen los principales puntos de fricción:

"Enrique, rey no por usurpación, sino por santa ordenación de Dios, a Hildebrando, que ya no es papa sino un falso monje.

Has merecido por tu confusión esta forma de saludo, tú, quien en la conducta de las cosas de la Iglesia, has jugado a sembrar la confusión allí donde se espera la dignidad, la maldición allí donde se espera la bendición.

No haremos mención de todas tus muchas faltas, sino solo de las más notables; tú no solo no has temido poner tu mano sobre los dirigentes de la Santa Iglesia, sobre los arzobispos, obispos, sacerdotes, que eran ungidos del Señor, sino que los has pisado como esclavos, a quienes su señor no tiene que rendir cuentas. Con estos servicios piensas comprar el favor popular. Según tú, ellos no saben nada, solo tú lo sabes todo, y esta ciencia la quieres para destruir y no para construir.

Es de creer que el bienhallado Gregorio, de quien tú usurpas el nombre, profetizó porque dijo: «El número de sus fieles exalta, a veces, el alma del pontífice, hasta el punto de que él cree saber más que todos porque él puede más que todos». Nosotros hemos soportado este orgullo, nosotros, que somos guardianes del honor de la Santa Sede. Pero tú has tomado nuestra humildad por debilidad. Entonces te has dirigido contra el poder real, que nos ha sido concedido por Dios. Te has atrevido a amenazarnos con desposeernos como si nosotros hubiéramos recibido el reino de tus manos, como si en tus manos, y no en manos de Dios, estuviera el reino y el imperio.

Es Nuestro Señor Jesucristo quien nos ha llamado al reino. Él no te ha llamado al sacerdocio. Tú has obtenido los cargos: por astucia, medio tan opuesto a la profesión monástica, tú has tenido el dinero; por dinero, el favor; por el favor, las armas; por las armas, la Sede de Paz. Y de tu Sede de Paz has turbado la paz. Tú has armado a los súbditos contra los prelados. Les has enseñado a despreciar a nuestros obispos llamados por Dios, tú que no has sido llamado. Tú has dado a los laicos el ministerio episcopal sobre los sacerdotes, que ellos pueden condenar y deponer como si no hubieran recibido de la mano misma de Dios por la imposición de las manos de los obispos, para ser enseñados. A mí mismo, que a pesar de ser indigno he sido consagrado entre los cristianos para reinar, tú me has golpeado; yo que en virtud de la tradición de los santos Padres solo puedo ser juzgado por Dios, y que solo por un crimen de fe que a Dios no guste podré ser depuesto..."

4.10. Cultura y sociedad caballeresca

Todo este mundo que hemos intentado recrear y explicar generó una serie de expresiones culturales que alcanzan desde el románico a la escolástica, desde la lírica trovadoresca a las escuelas de ábaco. Un tema podría sintetizar el espíritu de la época: si al mismo tiempo que se predica la cruzada se excomulga a Felipe I, esto puede significar que el mundo de los caballeros y la moral matrimonial configuraban los dos puntos sobre los que giran las dos formas de

sujeción típicas del *ethos* medieval: el vasallaje feudal y la adoración religiosa. ¿Y qué tema no recoge mejor estos elementos que el amor cortés? Recordemos el exordio de *Orlando furioso*:

> "Son las mujeres, los caballeros, las armas, los amores
> las cortesías, las empresas valerosas lo que canto."

Siguiendo las indicaciones de estos versos, intentamos establecer algunos paralelismos, como:

- Aspiraciones de la caballería - Aspiraciones de los trovadores.
- Ética de servicio a la mujer - Ética de servicio al señor.
- Carácter internacional tanto de la cultura aristocrática seglar como de la eclesiástica.

> "La inseguridad de la caballería menor avivó, en gran manera, su interés por las recompensas que los grandes señores les podían ofrecer. [...] En este aspecto, la literatura refleja fielmente las reales aspiraciones de la sociedad caballeresca, en la cual los jóvenes caballeros, los solteros, sin nada que ofrecer más que sus espadas, su noble origen y una educación que les había enseñado el placer de la aventura, eran el elemento más numeroso que se apiñaba en la corte en torno a la gran nobleza. Para estos hombres, cuya auténtica posición social era insegura, el servicio a un gran señor tenía un fuerte atractivo, tanto psicológico como económico, porque estaban asociados a la posición y a la reputación de los hombres y de los linajes a los que servían. La función literaria de la mesa redonda de Arturo era, evidentemente, la de ser símbolo de la igualdad por la que todos los caballeros, grandes y humildes, se mezclaban en la mesa una vez que habían ganado, por valor o por servicio, su derecho a tener un lugar en ella.
>
> Las mismas presiones, las mismas aspiraciones [...] están reflejadas en la poesía amorosa de los trovadores del sur de Francia. [...] En sus poesías, la veneración por una gran dama, la esposa de un conde o de un barón, tenía más que un simple significado erótico. La aceptación por parte de la dama de los servicios de su enamorado (que suponía admitir su servicio amoroso, no admitirlo en la cama) era el *laissez passer* en el rico y seguro mundo de la corte en el que ella era la señora. La literatura cortesana de los trovadores contenía una ética amorosa de servicio a la dama, que, en esencia, se podía comparar a la ética del servicio leal a un señor [...] La lírica de los trovadores era principalmente introspectiva, quería expresar la fuerza agobiante de la pasión aduladora inspirada por una mujer querida y que era la fuente de toda excelencia y esfuerzo del que se comprometía a su servicio. [...] Así pues, en el amor cortés la aprobación de la mujer ofrecía una nueva sanción, seglar y psicológicamente muy importante, a las conveniencias seglares del código de la virtud cortesana y el honor militar [...]
>
> Esta ética amorosa otorgó una marca de exclusividad social a una manera de amar específicamente cortesana. La conciencia que tenía el caballero pobre de que su servicio amoroso tenía que ser reconocido está bien reflejado en el repetido llanto del trovador, que afirma que solo los pobres entienden la verdadera *courtoisie*. [...] La poesía trovadoresca [...] refleja las tensiones que en el siglo XII unieron a la alta nobleza con la insegura caballería profesional [...]
>
> Las grandes cortes señoriales de la Francia del siglo XII tuvieron un papel decisivo a la hora de perfilar el modelo y la ideología caballerescas [...] porque eran un centro de reunión que atraía a hombres de diferentes niveles sociales, y también eran un centro literario de cultura seglar. En estas cortes se reunía el público a quien iban dirigidos los cantares de gesta y las primeras novelas artúricas. Hay que insistir en que los cantares desde el punto de vista literario presentan una cierta complejidad. Sus autores no eran juglares incultos [...] muchos de sus autores fueron, sin duda, clérigos [...] Conocían muy bien la literatura clásica [...] Chrétien subraya con énfasis la relación que hay entre la caballería y la erudición. [...]
>
> La propagación universal lograda tan rápidamente por relatos, primero en lengua francesa, y el modo como las ideas francesas difundieron nociones de caballería a alemanes e italianos puede explicarse, en parte, por la diáspora de la caballería francesa en los siglos XI y XII [...] También se debe, en gran parte, al papel predominante que los señores y los caballeros franceses tuvieron en las primeras cruzadas; quizá también contribuyó a ello un factor casual, dado que los héroes descritos por los autores franceses [...] fueron los

primeros que en la Edad Media se hicieron famosos, precisamente, como jinetes, como caballeros ejemplares. Aun así, ninguno de estos factores tendría importancia si no hubiera sido por el carácter verdaderamente internacional de la sociedad y de la cultura aristocrática, tanto seglar como eclesiástica, de los siglos XI y XII. [...] Si no hubiera sido por este carácter internacional de la sociedad, que en los siglos XI y XII estaba resurgiendo del caos provocado por las invasiones, no hubieran existido la caballería ni las cruzadas y el amor cortés de la lírica trovadoresca sería una excentricidad literaria en la olvidada y provinciana historia de Occitania [...]

[...] En resumen, en algún lugar, en torno a la mitad del siglo XII, unas fuerzas cambiantes, sociales y culturales, unas nuevas técnicas militares, un nuevo vocabulario de clase social y nuevos temas literarios habían dado una definición a una nueva clase de figura llamada caballero y a un nuevo estilo de vida, que se denominaría caballería."

M. Keen. *op. cit.* (pág. 40-66)

Las aspiraciones de los caballeros, así como una cierta sensación de inseguridad que respira la caballería menor, están perfectamente definidas por el poeta caballero Raimbaut de Vaqueiras en un relato sobre él mismo, donde se complace en el riesgo y en la lucha, donde está a gusto rodeado de bellas damas y donde recuerda a su señor el deber que tiene de recompensar a quien lo ha servido fielmente. He aquí el retrato robot de un caballero:

"Valeroso marqués, señor de Monferrada, doy gracias a Dios por el gran honor que os he hecho de que hayáis conquistado, gastado y dado más que cualquier hombre sin corona de la cristiandad. Y alabo a Dios, que tanto me ha elevado a mí al concederme encontrar un buen señor en vos, que tan cortésmente me habéis alimentado y abastecido y me habéis hecho tanto bien y, desde mi baja condición, me habéis levantado y, desde la nada, me habéis elevado al grado de caballero honrado, bien visto en la corte y alabado por las damas. Yo, por mi parte, os he servido fiel y voluntariosamente, con todo mi corazón y placer, consagrándoos todas mis fuerzas desde el principio. Y con vos he llevado a cabo muchas proezas y con vos en muy buenos lugares he cortejado (he hecho vida de corte) y en empresas de armas he perdido y ganado. Con vos he cabalgado a Grecia, he recibido y dado muchos golpes. Cuando me han perseguido, me he dado prudentemente a la fuga y, al rechazar a mis perseguidores, los he hecho huir a la vez y he caído y he hecho caer a otros. He combatido en vados y puentes y con vos me he lanzado al asalto contra los obstáculos, y superado barbacanas y fosos, he subido arriba de las torres y vencido grandes dificultades. Os he ayudado así a conquistar el señorío y el reino de esta tierra, la isla de Creta, el ducado, a capturar reyes, príncipes, a tomar principados y a vencer a muchos caballeros armados. He asediado en vuestra compañía muchos castillos, ciudades, palacios de emperadores, reyes, caudillos...

Ahora, si por causa vuestra no poseo grandes riquezas, no parecerá verdad que yo haya estado con vos y os haya servido tal como os acabo de recordar, y vos sabéis bien que lo que digo es la pura verdad, señor marqués."

Raimbaut de Vaqueiras

Hacer la guerra es misión específica del caballero. En ella pone de manifiesto su fuerza física, sus dotes de valentía y audacia, su desprecio al riesgo. Por medio de la guerra puede satisfacer su afán de gloria y aventuras. La actitud del caballero ante la vida, su código de honor, sus ideales, los encontramos magistralmente descritos por el poeta Bertran de Born, del siglo XII:

"Mucho me gusta la alegre época de la primavera, que trae hojas y flores. Y me gusta cuando siento la alegría de los pájaros, que hacen resonar su canto en el bosque [...] Y me gusta cuando veo tiendas y estandartes plantados en el prado, y el regocijo me invade cuando veo por el campo formaciones de caballos y caballeros armados. Y me gusta cuando los exploradores hacen huir a gentes y rebaños, y me gusta cuando, siguiéndolos, veo venir en tropel una gran cantidad de hombres armados. Y disfruta mi corazón cuando veo fuertes castillos asediados y las vallas rotas y destruidas, y veo el ejército ya a la orilla, que está totalmente rodeada de fosos, rodeados de lizas de gruesos tablones.

Y me gusta también un señor cuando es el primero en asaltar a caballo, armado, sin miedo, infundiendo así valentía a los suyos con su bravura. Y, como se ha iniciado la batalla, cada uno tiene que estar preparado y atacar con todas sus fuerzas porque ningún hombre es digno de aprecio si no ha dado y recibido muchos golpes. Y veremos porras y espadas agujerear y destrozar yelmos de diferentes colores al iniciarse la lucha, y muertos y heridos. Y, cuando se encuentra en la batalla, no piensa ningún hombre bien nacido más que en quebrar cabezas y brazos, y que mejor es morir que vivir vencidos. Y os digo que menos me gusta comer y beber y dormir que cuando escucho gritar desde ambas partes: "A ellos" y escucho relinchar caballos, vacías las sillas, por el bosque, y oigo gritar "Socorro", y veo caer en los fosos y sobre la hierba gente pequeña y grande, y veo a los muertos que tienen clavados en sus flancos trozos de lanzas con sus banderines.

Barones, si cada uno de vosotros no guerrea con los otros, mejor es que empeñéis vuestros castillos, villas y ciudades."

Bertran de Born

4.11. La concordancia entre la moral sacerdotal y la caballeresca

Si estos dos textos reflejan la actitud del caballero ante la vida, así como sus aspiraciones e ideales, ¿cómo la Iglesia los podía llegar a dominar? ¿A través de qué se les podía dictar el comportamiento y la conducta que debían seguir? ¿Qué tenían en común caballeros y clérigos que pudiera servir de punto de partida? Si tenemos en cuenta que se trata de hombres, que predican una moral de hombres a un grupo formado exclusivamente por hombres, será más fácil intuir la concordancia entre la moral sacerdotal y moral caballeresca, el punto de vista que tendrían en común: una actitud de desconfianza y desprecio por la mujer, a la que se considera, a la vez, peligrosa y frágil. Hay que someter a la mujer. ¿No era el matrimonio el arma más adecuada? Pensemos que según la tradición eclesiástica:

- Existe, por naturaleza, una desigualdad de los sexos: el hombre ha sido el primero, la mujer solo es un reflejo de esta imagen.

- Todo lo que es carnal está bajo el imperio del mal; el mal proviene del cuerpo, por lo tanto de la mujer, inferior y carnal (existe un sentimiento obsesivo según el cual el mal viene del sexo).

- El matrimonio es un remedio a la fornicación (sobre todo a la de las mujeres), es una medicina instituida para curar la lujuria. En él, el mando le corresponde al hombre y la sumisión a la mujer.

He aquí los fundamentos de esta concepción:

"Después Yahvé Dios dijo: «No está bien que el hombre esté solo: le crearé a alguien para ayudarlo» [...] El hombre, pues, dio nombres a todos los pájaros y a todos los animales domésticos y salvajes. Pero para él no había quien lo apoyara para ayudarlo. Entonces Jahvé Dios infundió un sueño profundo al hombre, y se durmió. Tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. Después, de la costilla que había tomado al hombre, Jahvé Dios hizo una mujer y la llevó al hombre. El hombre dijo: «Ahora sí; esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se denominará la esposa porque ha sido tomada del esposo. Por ello, el esposo dejará al padre y a la madre y se unirá a su esposa, y serán una sola carne»".

Gén. 2: 18-24

"Entonces unos fariseos le dijeron para probarlo: «¿Es lícito repudiar a la propia mujer por cualquier causa?». Él respondió: «¿No habéis leído que quien los creó, desde el principio los hizo hombre y mujer?, y dijo: ¿Por eso el hombre dejará al padre y a la madre, y se juntará con su esposa y los dos serán una sola carne? Así, ya no son dos, sino una sola carne. Por lo tanto, lo que Dios unió, que el hombre no lo separe». Ellos le dijeron: «Entonces, ¿cómo es que Moisés mandó conceder el divorcio para repudiar?». Les dijo: «Porque Moisés, debido a vuestra dureza de corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no era así. Y yo os digo que quien repudia a su mujer, si no es por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio».

Los discípulos le dicen: «Si es así la situación del hombre con la mujer, más vale no casarse». Él les dijo: «Esto no todos lo comprenden, sino solo aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que han nacido así del vientre de la madre, y hay eunucos que han sido hechos por los hombres, y hay eunucos que se han hecho ellos mismos, a causa del Reino del cielo. Quién lo pueda entender, que lo entienda»."

Mt. 19: 3-12

"En cuanto a aquello que me escribisteis: sí, es bueno que el hombre se abstenga de la mujer. Pero, para evitar las impurezas, que cada uno tenga la propia mujer, y cada una tenga el propio marido. [...] La mujer no tiene potestad sobre el propio cuerpo, sino el marido; igualmente, tampoco el marido tiene potestad sobre el propio cuerpo, sino la mujer. [...] Con todo, digo a los solteros y a las viudas que les es mejor estar como yo; pero, si no pueden guardar continencia, que se casen: más vale casarse que quemarse."

1 C 7: 1-10

"Igualmente, vosotras, mujeres, estáis sujetas a vuestros maridos [...] No fomentéis el ornato exterior, consistente en cabellos trenzados, anillas de oro o en los vestidos que os ponéis, sino la persona interior, la del corazón, consistente en la incorruptibilidad de un espíritu dulce y tranquilo [...]. Del mismo modo, vosotros, maridos, llevad con sensatez la vida en común al tener en cuenta que la mujer es un vaso más frágil..."

1 Pe 3: 1-7

"Mujeres, sed sumisas a los maridos, como conviene el Señor. Hombres, quered a las mujeres y no os malhumoréis con ellas."

Col 3:18-19

"Que las mujeres se sujeten a los propios maridos, como al Señor, porque el marido es la cabeza de la mujer [...] Ahora bien: así como la Iglesia se sujeta a Cristo, también las mujeres se tienen que sujetar a los maridos en todo."

Ef 5: 22-24

4.12. La teología del matrimonio

Alrededor del año 1000, en la alta Iglesia, cuya depuración se aceleraba, algunos trabajaban en el perfeccionamiento del instrumento jurídico que designaba a las parejas destinadas a ser unidas o separadas en nombre de Dios y sometía al control de los clérigos las costumbres matrimoniales, con lo que se aseguraba el dominio del poder espiritual sobre el temporal. Estos prelados trabajaban para reafirmar el sistema ideológico justificando este dominio: y este sistema es una teología del matrimonio. Sus principios son:

- Los laicos tienen que someterse a la autoridad de la Iglesia, aceptar que esta controle sus costumbres, sobre todo las sexuales.

- Todos los problemas matrimoniales deben estar sometidos a la Iglesia y han de ser resueltos solo por ella.

Y todo ello se apoya en dos pilares:

- La unión conyugal es indisoluble.

- Es de naturaleza esencialmente espiritual.

Por eso, los prelados tienen una doble obligación:

- Insistir en el compromiso mutuo de los esposos.

Yves de Chartres nos lo recuerda:

> "En el matrimonio, hacer el amor voluptuosa y moderadamente, es adulterio".
>
> "Si hay discordia entre marido y mujer, que el marido dome a la mujer y que la mujer domada esté sometida al hombre".
>
> "Ya que Adán fue inducido a la tentación por Eva y no Eva por Adán, es justo que el hombre asuma el gobierno de la mujer".
>
> "El hombre tiene que mandar (*imperare*), la mujer obedecer (*obtemperare*)".
>
> "El orden natural es que la mujer sirva al hombre".
>
> "Por prescripción divina, el hombre tiene primacía sobre la mujer".

Y, ¿cuáles son las bases sobre las que se erigía la moral matrimonial entre los guerreros?

> "La clave del sistema de valores aristocráticos era sin duda [...] la *probitas*, [...], esta valentía del cuerpo y del alma que conduce a la vez a la proeza y a la generosidad. Todo el mundo creía que esta cualidad principal se transmitía por la sangre. Transmisión –y esta es la función del matrimonio–: asegurar convenientemente, «honestamente», con honor, el salto de una generación a la otra, de esta valentía, de este valor viril; propagar la sangre sin que su calidad se altere, evitar, como se decía entonces, que degenere, que pierda sus cualidades genéticas. La función del matrimonio era unir un genitor valiente con una esposa tal que su hijo legítimo, el que llevaría la sangre y el apellido de un antepasado valeroso, fuera capaz de hacer revivir a este en su persona. Todo dependía de la mujer. [...] En la Europa carolingia y postcarolingia, se creía en la existencia de un esperma femenino [...], y se creía también que el efecto inmediato de las relaciones sexuales era mezclar indisociablemente las dos sangres. He aquí, seguramente, las bases primarias sobre las que se erigía la moral matrimonial entre los guerreros..."
>
> G. Duby: *op. cit.* (pág. 35)

¿En qué concordaban la moral sacerdotal y la moral caballeresca? Lo podemos ver, sobre todo, en todo lo que hace referencia a la represión del rapto.

"... en la época feudal, el rapto es uno de los cuatro casos de justicia de sangre [...] El soberano, apoyado por los obispos, tenía que desunir a las parejas que no se habían formado en la paz según los rituales prescritos: estas uniones no eran matrimonios. Hacía falta, pues, disolverlas, restituir a la mujer robada [...] para que el tejido social no se agrietara y por la cadena de las venganzas familiares la perturbación no se extendiera a la alta sociedad. [...] El hecho está claro: el matrimonio es un asunto de libre decisión no de los cónyuges ciertamente, sino de libre decisión de los parientes de la mujer.

En los pocos textos del siglo XI se ve el rapto por todas partes, viudas, monjas, chicas prometidas o no, casadas [...]. El rapto era un medio para los maridos para librarse de su mujer, que se las ingeniaban para que fuera raptada; un medio para los hermanos de privar a su hermana de la herencia y para los padres de ahorrarse los pesados gastos de la ceremonia nupcial [...] Este ritual de rapiña fue, poco a poco, trasladado hacia lo simbólico, lúdico. En el siglo XII lo encontramos reducido a este juego controlado, que es el amor cortés."

G. Duby: *op. cit.* (pág. 35-37)

Por lo tanto, la función del matrimonio, para los guerreros y sacerdotes, era procrear. Pero una vez en casa, la esposa seguía siendo sospechosa. Los hombres vivían el matrimonio como un combate. Se adivina, escondido en el fondo de la psicología masculina, el sentimiento de que la mujer es más ardiente. Su marido temía no poder apagar sus fuegos él solo; y también sabe que la compañera no juega limpio, finge. Hacía falta, pues, someter a la mujer. El honor doméstico dependía, en gran parte, de la conducta de las mujeres. El gran peligro era que se abandonaran al pecado de la carne. Había que controlar, pues, la sexualidad femenina.

La Iglesia, en su afán de hegemonía, predica que la mujer es mala, chismosa e indiscreta. A los maridos les gustaba escucharlo. El hombre tiene que controlar, dominar; tiene que conservar la medida: hacer mal uso del sexo es uno de los peligros del matrimonio. Peor es el adulterio, naturalmente el de la mujer: "El amante tiene el pan blanco, el marido el pan negro"; pero sobre todo, ¿quién es el padre del hijo? ¿Cómo saber quiénes son los legítimos herederos? El matrimonio no es un juego: es fuera de él donde se juega. El matrimonio es orden y, por lo tanto, obligación. La Iglesia hace concesiones: la función benéfica del amor cortés y de la prostitución es precisamente sacar el exceso de calor, el fervor fuera de la célula conyugal para mantenerlo en el estado de retención que le conviene. A los hombres, y solo a ellos, aun estando casados, se les abre un campo de libertad, de búsqueda aventurera. ¿El límite? Que no lleguen a deshacer matrimonios nobles. Siempre el hombre domina, dirige el juego. Esta ética es la suya, edificada sobre un sentimiento primordial: el miedo a las mujeres y en la voluntad muy clara de tratarlas como objetos. Veamos, si no, lo que se produce también en la corte:

"A finales del XIII el príncipe pretende someter a la caballería. Hay que atraerla, pues, retenerla a su lado. Su corte tenía que ser agradable, difundir no solo como antes las alegrías del cuerpo, sino también las del espíritu [...], pero la corte tiene que ser, asimismo, educadora. Cumple su función política, contribuye bajo la mirada del amo al mantenimiento del orden público, forma a sus comensales en las buenas formas, les enseña a vivir según lo honesto y refuerza los fundamentos de un sistema de valores. Esta pequeña sociedad cerrada está llena de adolescentes que se preparan para convertirse en caballeros. La enseñanza se dirige, en primer lugar, a esta parte turbulenta de la sociedad cortesana, la juventud. Estos jóvenes [...] aprenden, imitando a los grandes, la manera de perseguir la caza, la de combatir. Pero en el intervalo de estos ejercicios físicos aprenden

a comportarse bien, escuchando relatos, anécdotas ejemplares, ilustraciones del sueño que la buena sociedad busca para sí misma [...]

Estos relatos muestran, además, cómo comportarse convenientemente con las mujeres [...] Los cantos épicos, que celebran la valentía militar y la lealtad de los vasallos, marginan a las figuras femeninas. Las esposas de los héroes tienen papeles muy pequeños, ya sea del lado bueno o del malo de la intriga. Algunas son excelentes auxiliares, sostenedoras, proveedoras [...] Otras son o bien brujas, o bien impúdicas cargadas de esta maldad que constituye el peligro del matrimonio. [...] La corte sirve de marco a alguna de estas narraciones. Aparece en todas las novelas. Se ven en ella a pocos maridos escapando del infortunio (el marido engañado). Las disposiciones de la escena muestran que los entes de la casa aristocrática se prestan al adulterio de la dama. Ella se encuentra fácilmente con su amante en el huerto o en la cámara [...] La esposa es espiada por todas partes, rodeada de envidiosos al acecho: los rivales del feliz elegido, las damas que él ha despreciado, el propio marido que, al envejecer, se vuelve celoso. A veces, sorprendidos en el flagrante delito, se apoderan de ella y de su cómplice, se los ata tal y como los encuentran y se llama a los testigos [...] Es lo que hace el rey Marco cuando descubre la falta de Isolda. La vergüenza, en efecto, tiene que ser públicamente comprobada para poder vengarse legítimamente. El derecho del esposo es matar. Por más que Tristán reclama la prueba, se ofrece a combatir en un campo cerrado con tres barones, Marco se dispone [...] a quemar, al mismo tiempo, a la esposa y al amante desenmascarado. Es el desenlace natural. Por eso los novelistas, para prolongar el relato, se recrean cuando pueden en la sospecha de adulterio [...] El interés de estos testimonios consiste en que demuestran que tales infracciones a la ley del matrimonio no dependen de la justicia de la Iglesia. Se trata de causas profanas. Y yo añado: privadas, puramente domésticas [...] El marido, está claro, no decide solo. Tiene que dejarse aconsejar. Pero este consejo nunca es requerido fuera de la casa, fuera de la familia, y el clero no se mezcla. Hablo del marido. Sus propias aventuras no dan, evidentemente, lugar a procedimientos y no son tema de novela. Porque lo que está en cuestión es el honor. El honor es un asunto de hombres y depende de la conducta de las mujeres. Estas no son siempre constantes: se viola mucho en las casas nobles [...], aun así, [la mujer] es enjuiciada culpable: violada o no, ha disfrutado fuera del matrimonio. Y quienes se ríen están de parte de su raptor. Este encarna la potencia de la virilidad asoladora. Porque no nos hemos de engañar: lo que los escritos de esta época denominan amor [...] es simplemente el deseo, el deseo de un hombre, y sus proezas sexuales. Incluso en las novelas que se llaman cortesanas.

Este género de amor constituye su tema. Violento, repentino: una llamarada, se transmite, irresistible [...] Este deseo choca contra las barreras que habrá que derrocar, una tras otra. Amores siempre contrariados. El amante va de prueba en prueba. Este recorrido es pedagógico. Para llegar a su plenitud viril, el caballero tiene que seguirlo tanto como dure su «juventud», mientras no esté situado entre las cabezas de familia. Por regla general, el objeto de su concupiscencia, al mismo tiempo que su iniciadora, es una mujer casada, la esposa de su señor, que suele ser su tío. En efecto, el amor nace en el centro mismo de esta promiscuidad doméstica, propicia los adulterios, los incestos [...]

El amor, por lo tanto, germina de la amistad, cuyo lugar natural es el parentesco. «Te he querido –dice Isolda a Tristán– porque tú eres su sobrino y porque hacías más por su gloria que todos los otros». Por la misma reverencia que tiene que sentir hacia su marido, la mujer del tío tiene el deber de querer a su sobrino. Su papel en la casa es cooperar en su educación. Ella lo domina mediante esta función pedagógica. Es, además, mayor que él, no mucho, pero siempre más mayor, es lo que la coloca en situación de «señor», en el sentido etimológico de esta palabra, y a él en situación de «vasallo», de niño. Así, puede explicarse que los gestos, las posturas, las palabras de los rituales del vasallaje se hayan incorporado fácilmente al ritual del amor cortés. Invirtiendo la jerarquía de los sexos: Eva domina a Adán y tiene la responsabilidad de su caída. La novela es la historia de su pecado [...]".

G. Duby: *op. cit.* (pág. 185-188)

Sacerdotes y guerreros se habían puesto de acuerdo para mantener el orden establecido. Cristianismo y feudalismo se habían entrelazado íntimamente hasta formar una estructura sólida, fundamentada en la moralización de la violencia y la sacralización del matrimonio. Y solo había una perdedora: la mujer. Tomás de Aquino podría afirmar: "El hombre es el principio y el fin de la mujer, del mismo modo que Dios es el principio y el fin de la creación".

Y los hombres le hicieron santo...

Bibliografía

Alí, T. (2005). *El choque de los fundamentalismos: cruzadas, yihads y modernidad* (col. Libros singulares, núm. 485, 584 pág.). Madrid: Alianza.

Beaud, M. (1986). *Historia del capitalismo. De 1500 a nuestros días* (col. Ariel historia, 2.ª ed., 336 pág.). Barcelona: Ariel.

Bonnassie, P. (1999). *Vocabulario básico de la historia medieval* (col. Libros de historia, 1.ª impr., 248 pág.). Barcelona: Crítica.

Cahen, C. (2001). *Oriente y Occidente en tiempos de las cruzadas* (423 pág.). Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Cassanelli, R. (2000). *El arte en el Mediterráneo en la época de Las Cruzadas* (304 pág.). Barcelona: Lunwerg.

Cipolla, C. M. (ed.) (1979). *Historia económica de Europa (1). La Edad Media*. Barcelona: Ariel.

Cohn, N. (1997). *En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la edad media* (col. Alianza universidad, núm. 293, 6.ª ed., 408 pág.). Madrid: Alianza.

Cox, O. C. (1972). *El capitalismo como sistema* (col. Ciencia, núm. 17, 388 pág.). Madrid: Fundamentos.

Demurger, A. (2008). *Cruzadas: una historia de la guerra medieval* (col. Paidós orígenes, núm. 69, 334 pág.). Barcelona: Paidós Ibérica.

Duby, G. (1999). *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal* (col. Humanidades. Historia, núm. 330, 248 pág.). Madrid: Taurus.

Flori, J. (2010). *Las cruzadas* (176 pág.). Granada: Editorial Universidad de Granada.

Grousset, R. (1972). *Las cruzadas* (2.ª ed.). Buenos Aires: EUDEBA.

Hilton, R. (ed.) (1987). *La transición del feudalismo al capitalismo* (col. General, núm. 18, 5.ª ed., 280 pág.). Barcelona: Crítica.

Jaspert, N. (2010). *Las Cruzadas* (col. Historia, 256 pág.). Valencia: Universitat de València. Servei de Publicacions.

Keen, M. H. (2008). *La caballería* (1.ª impr., 400 pág.). Barcelona: Ariel.

La Croix, A. de (2005). *Los templarios: en el corazón de las Cruzadas* (col. Ariel pueblos, 304 pág.). Barcelona: Ariel.

Ladero Quesada, M. A. (2010). *Historia Universal. Edad Media* (2.ª ed., 8.ª imp., 1024 pág.). Barcelona: Vicenç Vives.

Le Goff, J. (2010). *La baja edad media* (col. Historia Universal Siglo XXI, núm. 11, 15.ª ed., 344 pág.). Madrid: Siglo XXI.

Le Goff, J. (2012). *La civilización del Occidente medieval* (col. Paidós orígenes, 5.ª impr., 352 pág.). Barcelona: Paidós Ibérica.

Maalouf, A. (2010). *Las Cruzadas vistas por los árabes* (col. El libro de bolsillo. Biblioteca de autor, núm. 0758, 8.ª impr., 400 pág.). Madrid: Alianza.

Mandel, E. (1975). *Tratado de economía marxista* (2 vol.). México: Era.

Oldenbourg, Z. (2004). *Las Cruzadas* (col. Ensayo histórico, 2.ª impr., 864 pág.). Barcelona: Edhasa.

Pernoud, R. (1986). *Los hombres de las cruzadas* (col. Torre de la botica. Minor, núm. 5, 350 pág.). Madrid: Swan.

Pernoud, R. (2001). *La mujer en tiempos de las cruzadas* (372 pág.). Madrid: Editorial Complutense.

Pirenne, H. (2010). *Las ciudades de la Edad Media* (col. El libro de bolsillo. Historia, núm. 4200, 4.ª impr., 174 pág.). Madrid: Alianza.

Querol Sanz, J. M. (2000). *Cruzadas y literatura, El caballero del cisne, y La leyenda genealógica de Godofredo de Bouillon* (223 pág.). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Servicio de Publicaciones.

Riu, M. y otros (1982). *Textos comentados de época medieval (siglo V al XII)* (2.ª ed., 884 pág.). Barcelona: Teide.

Ruiz-Doménec, J. E. (1999). *El despertar de las mujeres: la mirada femenina de la Edad Media* (col. Atalaya, núm. 27, 376 pág.). Barcelona: Península.

Ruiz-Doménec, J. E. (2000). *La novela y el espíritu de la caballería* (col. Mitos bolsillo, 272 pág.). Barcelona: Mondadori.

Sweezy, P. M. (1976). *La transición del feudalismo al capitalismo* (2.ª ed., 152 pág.). Madrid: Ayuso.

Runcinan, S. (2012). *Historia de las Cruzadas* (col. Alianza ensayo, núm. 363, 2.ª impr., 972 pág.). Madrid: Alianza.

Tyerman, C. (2005). *Las Cruzadas: realidad y mito* (col. Tiempo de historia, núm. 256 pág.). Barcelona: Crítica.

Tyerman, C. (2007). *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas* (col. Tiempo de historia, 1344 pág.). Barcelona: Crítica.

Zaborov, M. (1987). *Historia de las Cruzadas* (col. Akal bolsillo, 304 pág.). Tres Cantos: Akal.